

ISSN: 0327-5876

NEWMANIANA

AÑO XXVI - NÚMERO 67

JUNIO 2016

Beato John Henry Newman

Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA



Año XXVI - N° 67
Junio 2016

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro
Lic. Pablo Marini

Diseño pre prensa

Pm Desarrollos Editoriales

Impresión

Gráfica LAF

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - (1640) Martínez
Pcia. Buenos Aires-República Argentina
www.amigosdenewman.com.ar
amigosdenewman@gmail.com
cavallerfm@gmail.com

EDITORIAL

- Se cumplen 200 años de la primera conversión de Newman en su juventud..... 3

TRES SERMONES DE PASCUA

- *Testigos de la Resurrección*..... 7
- *Amor a la religión, una nueva naturaleza*..... 12
- *La fiesta del Evangelio*..... 19

POESÍA

- Melquisedec..... 27

CONFERENCIA

- Newman: algo más que sus discursos sobre la Universidad 28

CARTAS

- Cartas de consejo 36

ORACIÓN PARA PEDIR LA CANONIZACIÓN

Padre eterno, Tú llevaste al Beato John Henry Newman por el camino de la luz amable de tu Verdad, para que pudiera ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo, un elocuente predicador del Evangelio y un devoto servidor de la única Iglesia de Cristo.

Confiados en su celestial intercesión, te rogamos por la siguiente intención: [pedir aquí la gracia].

Por su conocimiento de los misterios de la fe, su celo en defender las enseñanzas de la Iglesia, y su amor sacerdotal por sus hijos, elevamos nuestra oración para que pronto sea nombrado entre los Santos.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

A NUESTROS LECTORES

Les pedimos, nos envíen vuestros mails actualizados
para una comunicación más dinámica.


Enviar a:

amigosdenewman@gmail.com

También les informamos que
la página web ha sido mejorada y actualizada.

Los esperamos en
www.amigosdenewman.com.ar

PEDIDO



Agradecemos al Señor su inspiración y su ayuda en estos años, a la vez que confiamos en Él para continuar con fidelidad la obra de difusión de la vida y los escritos del beato cardenal John Henry Newman, una figura excepcional para la actualidad. Agradecemos el apoyo de los **Amigos de Newman en la Argentina**.

Pero igualmente nos vemos en la necesidad de reiterar el pedido de cooperación para poder seguir adelante con nuestra publicación.

Enviar cheque a nombre de Fernando M. Cavaller o realizar transferencia bancaria a la cuenta corriente del Banco Santander-Río N°09400051087-7
CBU 0720094688000005108772
CUIL 20-08288279-1

SE CUMPLEN 200 AÑOS DE LA PRIMERA CONVERSIÓN DE NEWMAN EN SU JUVENTUD

Comenzamos un nuevo año de “NEWMANIANA”, luego de haber celebrado los 25 años de nuestra publicación. Agradecemos poder seguir adelante gracias a sus suscripciones y la generosidad de los benefactores, que permiten continuar con la difusión de la vida y el pensamiento del beato John Henry Newman.

Este año 2016 nos recuerda un acontecimiento fundamental en la vida de Newman: lo que podríamos llamar su “primera conversión”. Siempre tenemos presente su conversión al catolicismo en 1845, pero en su juventud primera tuvo lugar una verdadera conversión a la fe cristiana, sin más. De esto se cumplen hoy 200 años. Es la ocasión para hacer memoria. En la *Apología pro vita sua* leemos:

*A mis quince años (en el otoño de 1816) un gran cambio hubo lugar en mi pensamiento. Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi inteligencia impresiones de lo que es un dogma, que, por la misericordia de Dios, nunca se han borrado ni oscurecido*¹. Credo definido y dogma significan, ante todo, la Revelación de Dios, que Él mismo expresó en lenguaje humano, lo que llamamos Palabra de Dios, y que está contenida tanto en la Sagrada Escritura como en la Tradición. Newman se convierte al cristianismo como religión basada en la Palabra revelada, es decir, con un contenido revelado por Dios, al cual responde la fe de la Iglesia. Más adelante, es más explícito y dice: *Desde los quince años, el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. No conozco otra; no puedo hacerme a la idea de otra especie de religión; religión como mero sentimiento es para mi un sueño y una burla, sería como haber amor filial sin la realidad de un padre, o devoción sin la realidad de un ser supremo*.² Se refiere al evangelismo de su época, una religiosidad principalmente emocional, que no daba importancia a los dogmas de la fe.

Esta temprana intuición religiosa la experimentó en aquellas vacaciones que pasó en el Colegio de Ealing, sin poder estar en su casa de Londres, antes de entrar al Trinity College de Oxford. Fue como un primer retiro espiritual en su vida, que lo abrió al Dios personal de la Biblia. Fue un encuentro Cor ad Cor. Y estableció en su mente esa convicción respecto a la Palabra de Dios revelada y recogida de modo dogmático en el Credo de la Iglesia.

Esto que comprendió en 1816, y que él mismo describe como el núcleo de aquella conversión juvenil a Dios, lo vuelve a poner poco antes de su conversión a la Iglesia Católica en 1845, en su célebre *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, una nueva reflexión sobre el contenido dogmático de la fe visto ahora a través del tiempo, y lo enuncia como *principio*, y el primero de todos los que caracterizan al cristianismo. Dice así:

1 Apo, 4

2 Apo, 75.

El principio del dogma, esto es, verdades sobrenaturales, irrevocablemente depositadas al lenguaje humano, imperfecto porque es humano, pero definitivo y necesario porque está dada de lo alto.

Es Dios mismo el que ha establecido revelar su misterio, auto-manifestarse, con palabras humanas. La Palabra eterna de Dios habló en lenguaje humano. La plenitud de esto es Jesús mismo, la Palabra del Padre encarnada. Y de aquí proviene, como dice aquí, que la Iglesia misma haya expresado el contenido de esa revelación en lenguaje humano, imperfecto sí, pero definitivo y necesario por voluntad de Dios mismo. Y por eso Newman habló mucho del *Credo*. En el último *Sermón Universitario* dice que hay una *diferencia notoria entre las ideas sensibles y las religiosas: a éstas, y no a las sensibles, las ponemos en forma de lenguaje para fijarlas, enseñarlas y transmitir las. Nadie define un objeto material a fin de transmitir lo que se conoce mucho mejor por los sentidos; pero tenemos que elaborar credos, pues son una manera destacada de perpetuar la impresión de un Dios revelado.*³

Los evangélicos y los mismos racionalistas liberales calificaban a los dogmas de abuso de la razón. En este último *Sermón Universitario* está descrito el ambiente de entonces, que no se extinguiría, ya que tuvo sucesores en el modernismo, y ha desembocado en el relativismo presente.

*No hace falta, por cierto, demostrar formalmente que esta actitud de menosprecio de las formulaciones doctrinales –y en concreto de las que se refieren a la Santísima Trinidad y a la Encarnación– predomina de una forma especial en nuestros tiempos. Está muy extendida la sospecha –experimentada quizá también por muchos que no están dispuestos a reconocerla– de que el desarrollo de ideas y la formación de dogmas es un simple abuso de la razón; y que ésta, cuando se aventuró en temas tan sagrados, fue más allá de su capacidad, y no consiguió otra cosa que multiplicar palabras sin sentido y deducciones inútiles... Consideran que no hay propiamente una vinculación necesaria entre la creencia religiosa interna y las declaraciones elaboradas teológicamente, y que sería más conforme a la caridad y al buen sentido, si se redujeran los credos a la categoría de opiniones privadas; lo individuos las podrán sostener para sí, pero no tienen ningún derecho de imponerlas a los demás.*⁴

Todavía en 1870, veinticinco años después de su conversión al catolicismo, en su última obra sistemática, *El asentimiento religioso*, insiste en lo mismo, ahora para hacer ver que no hay contradicción entre las formulaciones de los dogmas y una religiosidad vivencial, como sostenían los evangélicos, y hoy también entre aquellos que separan doctrina y praxis, o dogma y devoción. Dice allí:

Las proposiciones son útiles en su aspecto dogmático para determinar y precisar las verdades en las que la imaginación religiosa debe descansar. El conocimiento debe siempre preceder al ejercicio de los afectos...Aquí tenemos la solución al error común de suponer que hay una cierta contradicción y antagonismo entre un credo dogmático y una religión vital...La devoción debe tener su objeto; este objeto siendo de índole sobrenatural, si no está representado a nuestros sentidos por un símbolo material, ha de ser presentado a la mente en forma de proposiciones. La fórmula que para el teólogo encierra una noción, fácilmente sugiere un objeto de devoción para

3 idem, 332-333

4 OUS, XV, p. 318-319, *The Theory of the Development in Religious Doctrine*, 1843.

*el simple fiel...En la religión la imaginación y los afectos han de estar siempre bajo el control de la razón...La teología podría quedar como una ciencia sustantiva sin la vida de la religión; pero la religión no podría mantenerse sin la teología...De esta forma toda religión se apoya en el dogma.*⁵

La importancia del Credo, en sus distintas fórmulas antiguas, se refleja en el hecho de que está incluido en la liturgia de la Iglesia, es decir, en la celebración de los Sacramentos, especialmente en el Bautismo, en la Confirmación, en la Eucaristía de la Misa, en el Orden Sagrado, y en la Unción de los enfermos. Esta práctica muestra lo que aquel axioma antiguo expresaba, “lex orandi, lex credendi”, lo que se reza es lo que se cree. Es necesario expresar la fe con el contenido preciso con el que la Iglesia la define. Newman dice así:

*Los Credos tienen un lugar en el ritual: son actos de devoción y tienen el carácter de oraciones que se dirigen a Dios: hablar de dificultades intelectuales en tales oraciones estaría fuera de lugar...No es una colección de ideas de gran peso. Es un salmo o Himno de alabanza, de confesión, de homenaje profundo y reverente,...Es el himno guerrero de la fe, con el cual nos comunicamos a nosotros mismos y luego a los demás, a todos los que pueden llegar a oírlo, a los que llegan a oír a la verdad, quién es nuestro Dios, cómo hemos de adorarlo y cuán grande es nuestra responsabilidad si conociendo lo que hemos de creer no lo creemos... Lo considero como un control a nuestro razonamiento, para que no se precipite en una dirección más allá de los límites de la verdad.*⁶

No sólo eran los evangélicos de su época, la Iglesia Baja, los que vivían una religiosidad antidogmática, sino también los liberales en general, algunos de los cuales pertenecían a la Iglesia Alta. Por eso Newman, sufrió la dificultad inmensa de estar entre dos tendencias que se presentaban como antagónicas, pero ninguna de las dos era verdadera. El Movimiento de Oxford intentó ubicarse en la posición verdadera, pero eso mismo significó para Newman el paso a la Iglesia de Roma, que ya desde la antigüedad la encontró ocupando ese espacio de la Verdad revelada y trasmitiéndola a través del tiempo, según un desarrollo continuo y fiel al origen, sin rupturas ni confusiones.

Aquel clima de vaguedad, de confusión dogmática, de ignorancia mezclada de indiferencia por la Verdad, y también, en algunos casos, de buscada ambigüedad, como se daba en el ámbito de la política eclesiástica anglicana en su relación con el estado, es un clima análogo al que vivimos hoy. Asistimos incluso, por ejemplo en el orden sacramental, a la pretensión de afirmar que la doctrina no se toca, mientras la praxis lo desmiente. Por eso Newman es, más que nunca, un maestro seguro, un doctor de la Iglesia, un testigo fiel que nos guía por el camino luminoso de la Verdad, y nos enseña a ser valientes a pesar de todo.

Y el testimonio lo dio hasta el final de su vida. A los 15 años, en esa primera conversión de 1816 que recordamos hoy, nació su convicción acerca de la Verdad revelada o dogma. Y en efecto, como él mismo dice, *nunca se borró ni oscureció, por la misericordia de Dios*. Luego elevó esta convicción dogmática a la categoría de primer principio como líder del Movimiento de Oxford, y estuvo en la base de su conversión a Roma a los 45 años, enriquecido por el principio del desarrollo, por el cual pudo establecer la conexión directa con la Iglesia antigua y la de todos

5 idem, 120-121.

6 GA, 138.

los tiempos, sin rupturas ni corrupciones. A los 70 años estudia el dogma en su relación con el acto de fe, pensando sobre todo en el hombre común. Y a sus 79 años, cuando recibe en Roma el capelo cardenalicio, y como testimonio final público en semejante ocasión, vuelve al principio dogmático, a la primacía de la Verdad revelada, describiendo nuevamente el escenario aquel, del cual proviene el nuestro de hoy. Leamos una vez más su discurso como Cardenal de la Santa Iglesia, en sus párrafos principales.

Me alegra decir que desde el principio me he opuesto a un gran error. Por treinta, cuarenta, cincuenta años, he resistido con lo mejor de mis fuerzas al espíritu del liberalismo religioso. ¡Nunca la Santa Iglesia ha tenido más necesidad de héroes que lo resistan con más urgencia que hoy, cuando tal error se desparrama como una trampa, por toda la tierra!...El liberalismo religioso es la doctrina de que no hay ninguna verdad positiva en religión, sino que un credo es tan bueno como otro, y ésta es la enseñanza que va ganando fuerza día a día. Es incompatible con cualquier reconocimiento de alguna religión como 'verdadera'. Enseña que todas deben ser toleradas y que todas son materia de opinión. La religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento y un gusto; no es un hecho objetivo ni milagroso, y cada individuo tiene el derecho de hacerla decir lo que le impacta más a su fantasía. La devoción no está necesariamente fundada en la fe. Los hombres pueden asistir igualmente a las iglesias protestantes o católicas y pueden sacar provecho de cualquiera de ellas o de ninguna. Pueden fraternizar juntos en pensamiento y sentimientos espirituales, sin tener que mantener en común ningún punto de vista doctrinal, ni ver su necesidad. De ahí que siendo la religión una peculiaridad tan personal y una posesión tan privada,...en ningún sentido, la religión es una obligación para la sociedad...Ahora los filósofos y los políticos...en lugar de la autoridad y la enseñanza de la Iglesia, colocan primero de todo una educación universal y completamente secular, calculada para convencer a cada individuo que ser ordenado, industrioso y sobrio son su personal interés. Luego, para los grandes principios del trabajo que toman el lugar de la religión, para el uso de las masas educadas cuidadosamente de este modo, se provee de las amplias y fundamentales verdades éticas de justicia, benevolencia, veracidad y similares, probada experiencia, y esas leyes naturales que existen y actúan espontáneamente en las sociedad y en cosas sociales, sean físicas o psicológicas, por ejemplo, en el gobierno, comercio, finanzas, experimentación sanitaria, y las relaciones internacionales....El carácter general de esta 'gran apostasía' es único y el mismo en todas partes, pero en detalle y características varía según los diferentes países...Jamás el Enemigo ha planeado una estrategia más inteligente y con tanta probabilidad de éxito...⁷

Como conclusión, Newman es en esta cuestión fundamental un ejemplo: para los jóvenes que buscan la Verdad, para los sacerdotes que tienen que enseñarla y trasmitirla fieles a la Iglesia y a su Magisterio, a la luz del cual se debe juzgar cualquier nueva afirmación, y para los católicos en general, hombres y mujeres, de edad madura o en su ancianidad, pues todos están llamados desde el bautismo a ser testigos fieles en el mundo de la Verdad revelada. Newman nos ayuda a reconocer que lo más práctico es ser fieles a la doctrina católica, que es Verdad y Vida, y nos anima a vivir la única estrategia que puede vencer a esa otra que no viene de Dios.●—

7 Ward, 460-462.

Tres sermones de Pascua

TRADUCCIÓN
FERNANDO MARÍA CAVALLER

Parochial and Plain Sermons I,22

Predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, el 24 de abril de 1831.

Testigos de la resurrección

*A este Dios le resucitó al tercer día, y le concedió la gracia de aparecerse,
no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano,
a nosotros que comimos y bebimos con Él después que resucitó de entre los muertos.*
(Hech 10, 40-41)

Se podría haber esperado que con ocasión de la resurrección de entre los muertos nuestro Salvador se hubiese mostrado a un gran número de gente, y especialmente a aquellos que lo habían crucificado, pero sabemos por la historia que, lejos de ser el caso, se mostró solamente a testigos elegidos, principalmente Sus inmediatos seguidores; y san Pedro reconoce esto en el texto. A primera vista parece extraño. Tendemos a imaginar la resurrección de Cristo como una exhibición visible y sorprendente de Su gloria, tal como Dios la concedió de tanto en tanto a los israelitas en tiempos de Moisés; y considerándola a la luz de un triunfo público, nos imaginamos la confusión y el terror aplastante que hubiesen sufrido Sus asesinos si se hubiera presentado vivo ante ellos. Ahora bien, razonar así es concebir el reino de Cristo como de este mundo, y no lo es, y suponer que entonces Cristo vino para juzgar al mundo, cuando ese juicio no

ocurrirá hasta el último día, cuando ciertamente aquellos malvados “mirarán a Aquel a quien traspasaron” (Za 21, 10; Jn 19, 37).

Pero aun sin insistir sobre la naturaleza espiritual del reino de Cristo, que parece ser la razón directa por la cual no se mostró a todos los judíos después de Su resurrección, se pueden dar otras razones distintas, también instructivas. Y pondré ante vosotros una de ellas.

La pregunta es: “¿Por qué no apareció nuestro Salvador después de Su resurrección a todo el pueblo sino solo a testigos elegidos por Dios?”. Y esta es mi respuesta: “Porque era el medio más efectivo de propagar Su religión en el mundo”.

Después de Su resurrección Él les dijo a Sus discípulos, “*Id y convertid a todas las naciones*” (Mt 28, 19). Este fue Su encargo especial. Si hay, entonces, fundamentos para pensar que al mani-

festarse a unos pocos mejor que a muchos estaba más seguro de avanzar en este gran objetivo, la propagación del Evangelio, esta es una razón suficiente para nuestro Señor el haberlo ordenado así, y recibamos con agradecimiento este designio Suyo tal como lo ha dispuesto.

1. Considerad ahora cuál hubiese sido el efecto probable de una exhibición pública de Su resurrección. Supongamos que nuestro Salvador se hubiese mostrado tan abiertamente como antes de haber sufrido, predicando en el Templo y en las calles de la ciudad, atravesando la región con Sus apóstoles, y con multitudes siguiéndolo para ver los milagros que hacía. ¿Cuál habría sido el efecto de esto? Por supuesto, lo que ya había sido. Sus anteriores milagros no habían movido eficazmente el conjunto del pueblo, y, sin duda, este milagro también los hubiese dejado tal como los encontró, o peor que antes. Podrían haber estado sorprendidos en el momento, pero ¿por qué debía durar este asombro? Cuando el hombre parálítico fue curado instantáneamente por Su palabra, la multitud toda estaba asombrada y glorificaba a Dios, y llena de temor decía “Hoy hemos visto cosas increíbles” (Lc 5, 26). ¿Qué *podrían* haber dicho y sentido más que esto, si “alguien resucitara de la muerte”? (cf. Lc 16, 31). En verdad, este es el modo en que la mayoría de la humanidad de todas las épocas es influenciada por temores repentinos, súbitas contriciones, seriedad repentina o súbitas resoluciones, que desaparecen también rápidamente. Nada hace eficazmente una naturaleza humana no entrenada, y tal es siempre la condición de la multitud. Inestable como el agua, no puede sobresalir. Un día grita “Hosanna”, y el siguiente “Crucifícale”. Y si nuestro Señor se les hubiera aparecido *después* que le crucificaron, por supuesto que hubieran gritado “Hosanna” una vez más, pero después de desaparecer de su vista en la Ascensión hubieran perseguido a sus seguidores. Además, el milagro de la Resurrección estaba mucho más expuesto a los reparos de la incredulidad que los otros milagros que nuestro Señor había realizado, como por ejemplo el alimentar



Resurrección de Cristo, Tiziano.

a las multitudes en el desierto. Si hubiese aparecido en público, pocos hubieran podido tocarlo y certificar por ellos mismos que era Él mismo. Comparativamente pocos en una gran multitud podrían haberlo visto tanto antes como después de Su muerte, como para ser testigos adecuados de la realidad del milagro. La mayoría de ellos hubiesen quedado aún dispuestos a negar que Él *estaba* resucitado. Es el mismo sentimiento que registra san Mateo: cuando se les apareció en un monte de Galilea a Sus apóstoles y otros, quizá los quinientos hermanos mencionados por san Pablo (1 Cor 15, 6), “algunos dudaron” que fuera Él (Mt 28, 17). ¿Cómo podía ser de otro modo, si no había medios de determinar que realmente veían a quien había sido crucificado, muerto y sepultado? Otros, admitiendo que fuese Jesús,

podían negar que hubiese muerto alguna vez. No habiéndolo visto muerto en la cruz, podría haberse fingido que lo bajaban de allí, pero antes que su vida se extinguiera, y así restablecerlo. Esta suposición hubiese sido una excusa suficiente para aquellos que *no querían* creer. Y los más ignorantes imaginarían que habían visto un *fantasma* sin carne ni huesos como tiene un hombre (cf. Lc 24, 37-39). Habrían resuelto el milagro como una ilusión mágica, como los fariseos habían hecho antes cuando adjudicaron Sus obras a Belcebú, y no se habrían vuelto ni mejores ni más religiosos por la visión que tenían de Él, que la gente común de hoy ante cuentos de apariciones y brujas.

Así hubiera sido ciertamente. Los principales sacerdotes no se hubieran conmovido para nada, y la masa del pueblo, por más que se hubiese conmovido en el momento, no hubiera durado así, no se hubiera conmovido prácticamente, no como para proclamar al mundo lo que habían visto y oído, como para predicar el Evangelio. Este es el punto para mantener a la vista: considerar que la verdadera razón *por la cual* Cristo se manifestó fue en orden a suscitar *testigos* de Su resurrección, ministros de Su palabra, fundadores de Su Iglesia, ¿cómo podía un pueblo llegar a ser esto por la naturaleza de las cosas?

2. Por otro lado, contemplemos los medios que Su divina sabiduría adoptó realmente con vistas a hacer que Su resurrección sirva a la propagación de Su Evangelio. Se mostró abiertamente, no a todo el pueblo, sino a los testigos elegidos de Dios antes. Ciertamente es una característica *general* del proceder de Su providencia hacer que los pocos sean los canales de Sus bendiciones para los muchos, pero en la instancia que estamos contemplando fueron seleccionados unos pocos, porque solamente unos pocos *podían* (humanamente hablando) ser hechos instrumentos. Como ya he dicho, ser testigos de Su resurrección requería haber conocido íntimamente a nuestro Señor antes de Su muerte. Este era el caso de los apóstoles; pero no era suficiente. Era

necesario que tuvieran certeza de que era Él, el mismo que conocieron antes. Recordaréis cómo les urgió para que le tocaran, y estuvieran seguros que podían testificar que había resucitado. Esto está implicado también en el texto: “testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con Él después que resucitó de entre los muertos”. Y no solo les fue requerido meramente conocerlo, sino que el pensamiento de Él fuese estampado en sus mentes como la única fuente maestra de todo el curso de sus vidas para el futuro. Pero a los hombres no se les mueve fácilmente para ser abogados fieles de ninguna causa. No solamente la multitud es voluble, sino que los mejores hombres, a menos que sean urgidos, tutorados y disciplinados para su trabajo, flaquean; la naturaleza no entrenada no tiene principios.

Parecería, entonces, que nuestro Señor puso Su atención en unos pocos, porque si son ganados los pocos, seguirán los muchos. A estos pocos se apareció una y otra vez. A estos los restauró, los confortó, los previno y los inspiró. Los conformó consigo mismo para que pudieran manifestar Su alabanza en adelante. Este amable procedimiento se nos muestra en las primeras palabras del libro de los Hechos de los Apóstoles: “A los apóstoles que había elegido... se les presentó después de su pasión, dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios” (1, 3). Considerad, entonces, si es que podemos establecer la alternativa con reverencia, *cuál* de los dos modos de formar predicadores del Evangelio para todas las naciones parece el más adecuado, incluso de acuerdo a una sabiduría humana: ¿la exhibición de la Resurrección al pueblo judío en general o esta certificación íntima y personal a unos pocos? Y recordad que, tanto como podemos entender, los dos procedimientos eran incongruentes entre sí, pues ese período de oración preparatoria, meditación e instrucción, que los Apóstoles pasaron bajo la presencia visible de nuestro Señor por cuarenta días, fue para ellos lo que no podría haber sido si

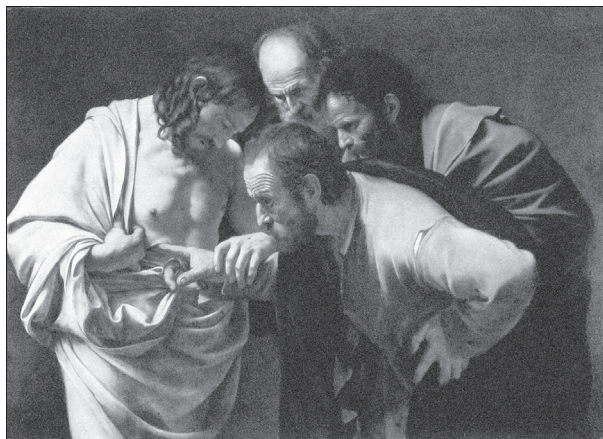
lo hubieran seguido de un lugar a otro en público, suponiendo que hubiese sido esto un objetivo, y mezclándose con las ajetreadas multitudes del mundo.

3. Ya he sugerido lo que es demasiado obvio para insistir en ello: que al seleccionar a unos pocos como ministros de Su misericordia para toda la humanidad, nuestro Señor estaba actuando de acuerdo al curso general de Su providencia. Es evidente que cada gran cambio está llevado a cabo por pocos, no por muchos, por unos pocos resolutos, inmutables y celosos. Es verdad que las sociedades a veces caen en pedazos por su propia corrupción, que es en cierto sentido un cambio sin instrumentos especiales elegidos o permitidos por Dios, pero esto es una disolución, no una obra. Sin duda, mucho puede ser *deshecho* por muchos, pero nada es *hecho* excepto por aquellos que están especialmente entrenados para la acción. En medio de la hambruna los hijos de Jacob estaban mirándose unos a otros, pero sin hacer nada. Uno o dos hombres, de pequeñas pretensiones externas, pero con sus corazones puestos en la obra, hacen grandes cosas. Están preparados, no por una súbita excitación, o por una vaga creencia general en la verdad de su causa, sino por una instrucción profundamente impresa y repetida con frecuencia; y como es de razón que es más fácil enseñar a unos pocos que a un gran número, es evidente que tales hombres siempre serán pocos. Estos tales difunden el conocimiento de la resurrección de Cristo sobre el mundo idólatra. Respondieron bien a la enseñanza de su Señor y Maestro. El éxito de ellos prueba suficientemente para nosotros la sabiduría de Él al mostrarse a ellos y no a todo al pueblo.

4. Recordad también esta nueva razón de por qué los testigos de la Resurrección fueron pocos en número: porque estaban del lado de la *Verdad*. Si los testigos debían ser tales que amasen y obedecieran la Verdad, *no podían* ser muchos los elegidos. La causa de Cristo era la causa de la luz y la religión, por ello Sus defensores y ministros

eran necesariamente pocos. Hay un viejo proverbio (que admitían incluso los paganos): “las masas son malas”. Cristo no confió Su Evangelio a la masa; si lo hubiera hecho podríamos incluso decir que habría sido a primera vista una presunción contra su procedencia de Dios. ¿Cuál fue la obra principal de todo Su ministerio sino la de elegir y separar *de* la multitud aquellos que serían aptos recipientes de Su Verdad? Cuando iba alrededor del país una y otra vez, a través de Galilea y Judea, probó los espíritus de los hombres, rechazando la clase más vil que “lo honraban con sus labios pero cuyos corazones estaban lejos de Él”, y eligió especialmente doce. Puso a un lado a la multitud por el momento como generación adúltera y pecadora, intentando hacer un último experimento sobre la masa cuando el Espíritu llegara. Pero a Sus doce los trajo cerca de Él enseguida, y los instruyó. Luego los puso a prueba y uno de ellos apostató; los once escaparon como por el fuego. *Para* estos once resucitó especialmente, *los* visitó y *les* enseñó durante cuarenta días, pues en *ellos* vio el fruto del “trabajo de Su alma y estuvo satisfecho” (cf. Is 53, 11), en *ellos* “vio Su semilla, prolongó Sus días, y el placer del Señor prosperó en Su mano” (Is 53,10). Estos fueron Sus testigos, porque tenían el amor a la Verdad en sus corazones. Les dijo: “Yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca” (Jn 15, 16).

He dicho mucho, entonces, en respuesta a la pregunta de por qué Cristo no se mostró a todo el pueblo judío después de Su resurrección. Yo contesto preguntando ¿cuál habría sido su utilidad? Un mero triunfo de paso sobre pecadores cuyo juicio está reservado para el mundo futuro. Por otro lado, semejante proceder hubiese interferido, más aún, hubiese frustrado, el objetivo real de Su resurrección: la propagación de Su Evangelio en todo el mundo *por medio de Sus propios amigos íntimos* y seguidores. Y además, esta preferencia de los pocos sobre los muchos parece haber sido necesaria por la naturaleza del hombre, ya que todas las grandes obras son



La incredulidad de Tomás, Caravaggio.

realizadas, no por la multitud, sino por la resolución profundamente asentada de unos pocos; más aún, necesaria también por la depravación del hombre, pues, ¡oh!, difícilmente se espera el favor popular en pos de la Verdad. Y si no hubiera ninguna otra razón para que los instrumentos de nuestro Señor fueran pocos, al menos estaba esta: porque no se podían encontrar más, ya que en Israel había, según la carne, pocos fieles israelitas sin doblez.

Observemos ahora cuánta materia nos da esta perspectiva como advertencia y como consuelo. Aprendemos del panorama de esta Iglesia *naciente* lo que la Iglesia ha sido desde entonces, tanto como el hombre puede entenderla. Muchos son llamados, pocos los elegidos. Aprendemos a reflexionar sobre el gran peligro que existe de no estar en el *número* de los elegidos, y se nos advierte que debemos “vigilar y orar para no caer en la tentación” (Mt 26, 41), “ocuparnos en nuestra salvación con temor y temblor” (Fil 2, 12), buscar la misericordia de Dios en Su Santa Iglesia, pedirle a Él siempre que “lleve a término en nosotros el beneplácito de Su voluntad” (cf 2 Tes 1, 11) y complete lo que una vez comenzó.

Pero, además de esto, también estamos consolados. Se nos consuela a los que vivimos humildemente en el temor de Dios. Quiénes son esos escondidos, quiénes viven en el seno de la Iglesia como santos que llevan a término su llama-

do, solo Dios lo sabe. Estamos en la oscuridad sobre esto. Podemos ciertamente saber mucho sobre nosotros mismos, y formarnos alguna idea acerca de aquellos con quienes estamos bien relacionados, pero del cuerpo general de los cristianos sabemos poco o nada. Es nuestro deber considerarlos como cristianos, tomarlos como los encontramos, y amarlos, y no es de nuestra incumbencia debatir sobre su estado a la vista de Dios. Sin embargo, sin entrar en esta cuestión concerniente a los secretos consejos de Dios, recibamos esta verdad ante nosotros con un propósito práctico, es decir, les hablo *a todos los que* son conscientes de desear y tratar de servir a Dios, cualquiera sea su progreso en religión, y se atrevan o no a aplicarse en cualquier grado el título de cristiano en su sentido más sagrado. Todo los que obedecen a la Verdad están del lado de la Verdad, y la Verdad prevalecerá. Los doce apóstoles, pocos en número pero fuertes en el Espíritu, despreciados por el mundo, pero abriéndose camino mientras sufrían, derrocaron el poder de las tinieblas, y establecieron la Iglesia cristiana. Y todos “los que aman al Señor Jesucristo con sinceridad” (Ef 6, 24) estén bien seguros que, débiles como parecen, y solitarios, “la insensatez de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Cor 1, 15). Los muchos son “engañosos” y los sabios del mundo son “vanos”, pero aquel “que teme al Señor, ése será alabado” (Pr 31, 30). Los dones más excelentes del intelecto duran solo una época. La elocuencia y el talento, la sagacidad y la destreza, defienden bien una causa y la propagan rápidamente, pero muere con ellas. No echa raíz en los corazones de los hombres, y no vive más allá de una generación. El consuelo de la Verdad despreciada es que su acción perdura. Sus palabras son pocas, pero viven. La fe de Abel hoy “habla todavía” (Heb 11, 4). La sangre de los mártires es semilla de la Iglesia. “No te exasperes por los malvados, no envidies a los que obran el mal: se secarán pronto, como la hierba, como el césped verde se agostarán. Confía en el Señor y haz el bien... sea el Señor tu delicia, y Él

te dará lo que pide tu corazón. Encomienda tu camino al Señor, confía en Él, y Él actuará: hará tu justicia como el amanecer, tu derecho, como el mediodía... Lo poco del justo vale más que la fortuna de *numerosos* impíos, pues los brazos de los impíos se romperán, pero a los justos los sostiene el Señor... He visto al impío que prosperaba, elevándose como un cedro frondoso: pasé de nuevo y ya no estaba, le busqué y no se le encontró.” (Sal 37, 1-6, 16-17, 35-36). El mundo pagano hizo mucho ruido cuando los Apóstoles predicaron la Resurrección. Ellos y sus compañeros fueron enviados como ovejas en medio de lobos, pero prevalecieron.

También nosotros, aunque no somos testigos directos de la Resurrección de Cristo, lo somos espiritualmente. Con un corazón despertado de entre los muertos, y con nuestros afectos puestos en el cielo, podemos dar testimonio de que Cristo vive, tan verdadera y realmente como lo hicieron ellos. El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo. La Verdad da testimonio por sí misma de su Divino Autor. El que obedece a Dios conscientemente y vive santamente, fuerza a todos los que le rodean a creer y temblar ante el poder invisible de Cristo. Por cierto, no da testimonio a todo el mundo, pues son pocos los que pueden verlo lo suficientemente cerca como para ser conmovidos por su manera de vivir. Él manifiesta la Verdad a sus vecinos en proporción al conocimiento que tienen de él, y algunos de ellos, con la bendición de Dios, recogen el fuego santo, lo aprecian, y lo transmiten a su vez. Y de este modo, en un mundo oscuro, la Verdad hace su camino a pesar de la oscuridad, yendo de mano en mano. Y así mantiene su puesto en altas esferas, reconocida como el credo de las naciones, la multitud de las cuales ignora entretanto en qué se apoya, cómo llegó hasta allí, cómo mantiene su fundamento, y despreciándola piensa que es fácil desalojarla. Pero “el Señor reina”, ha resucitado de entre los muertos. “Su trono está firme desde siempre. Él es eterno. Levantan los ríos su voz, levantan los ríos su fragor. Pero el Señor en las

alturas es más poderoso que el ruido de muchas aguas, más imponente que las olas del mar. Sus mandatos son veraces; la santidad es el adorno de Su casa.” (Sal 93, 1-5)

Que estos sean vuestros pensamientos cuando el predominio del error os lleve al desaliento. Cuando Ignacio,¹ discípulo de san Pedro, fue llevado ante el Emperador romano, se llamó a sí mismo *Teóforo*, y cuando el Emperador le preguntó al débil anciano por qué se ponía ese nombre, Ignacio dijo que era porque él llevaba a Cristo en su pecho. Dio testimonio allí del Único Dios que hizo el cielo, la tierra y el mar, y todo lo que está en ellos, y del Señor Jesucristo, Su Único Hijo, “¡cuyo reino (agregó) es mi herencia!”. El Emperador preguntó: “¿El reino, dices tú, del que fue crucificado por Pilato?”. Y el santo contestó: “El reino del que crucificó mi pecado en mí, y que ha puesto toda la maldad y el engaño de Satanás bajo los pies de aquellos que le llevan en sus corazones, como está escrito: ‘En ellos habito y en ellos camino...’”.

Ignacio fue uno solo contra muchos, como san Pedro lo había sido antes que él, y fue condenado a muerte como el Apóstol, pero en su tiempo transmitió la Verdad, que finalmente hemos recibido. Débiles como somos, y solitarios, Dios prohíbe que no la transmitamos a su vez, ¡glorificándolo con nuestras vidas, y dando testimonio con nuestras palabras y obras de la pasión, muerte y resurrección de Cristo!●—

1 Se refiere a san Ignacio de Antioquía, segundo sucesor de Pedro en la Iglesia de Antioquía, el más antiguo de los Padres de la Iglesia quien, mientras era llevado a Roma para ser juzgado, escribió las célebres siete cartas a las iglesias sufragáneas de las que era el obispo metropolitano, y que Newman tradujo y comentó. Murió mártir en el año 107 bajo el emperador Trajano. La palabra griega *θεοφορος* (“theoforós”) significa textualmente “portador de Dios”.

Parochial and Plain Sermons, VII,13

Predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, el 3 de mayo de 1840

El amor a la religión, una nueva naturaleza

Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él (Rom 6, 8)

Estar muerto con Cristo es odiar el pecado y salir de él, y vivir con Cristo es haber vuelto nuestros corazones y nuestras mentes hacia Dios y hacia el cielo. Morir al pecado es sentir disgusto por él. Sabemos lo que se entiende por disgusto. Por ejemplo, tomemos el caso de un hombre enfermo, cuando se le presenta cierto tipo de alimento, y no hay duda qué significa disgusto. Considerad cómo ciertos olores, demasiado dulces o demasiado fuertes, o ciertos gustos, afectan a ciertas personas bajo ciertas circunstancias, o siempre, y no tendremos ninguna perplejidad en determinar qué se entiende por disgusto al pecado, o morir al pecado. Por otro lado, pensad qué placer es una comida para el que tiene hambre, o alguna fragancia reanimadora para el desmayado, o cuán refrescante es el aire puro para el lánguido, o un arroyo para el fatigado y sediento, y entenderéis el tipo de sentimiento que implica estar vivo con Cristo, vivo para la religión y para el pensamiento del cielo. Nuestras capacidades corporales no pueden existir en cualquier atmósfera; ciertos aires son venenosos, otros dadores de vida. Así es también con los espíritus y las almas: un espíritu no renovado no puede vivir en el Cielo, moriría; un ángel no puede vivir en el infierno. El hombre natural no puede vivir en la compañía celestial, y el alma angelical languidecería y se consumiría en la compañía de los pecadores, a menos que la

sagrada presencia de Dios fuera continua. Estar muertos al pecado es tener tal mentalidad, que la atmósfera de pecado (si puedo hablar así) nos oprime, nos angustia y nos ahoga, y es doloroso y antinatural permanecer en ella. Estar vivos no es meramente pensar en la religión, asentir a la verdad de la religión, o desear ser religioso, sino ser arrastrado por ella, amarla, deleitarse en ella, y obedecerla. Supongo que la mayoría de los llamados cristianos no van más allá de desear ser religiosos, de pensar que es bueno ser religiosos, y sentir respeto por los hombres religiosos, pero no llegan tan lejos como para tener algún tipo de amor a la religión.

Sin embargo llegan, no ciertamente a cumplir con su deber yamarlo, pero a tener algún tipo de deseo de hacerlo. Supongo que son pocas personas pero, por lo menos de vez en cuando, sienten el deseo de ser santos y religiosos. Dan testimonio de la excelencia de una vida virtuosa y santa, aceptan todo lo que sus maestros les han enseñado, lo que han oído en la iglesia, y lo que leen en libros religiosos. Pero todo esto es muy distinto de actuar de acuerdo a su conocimiento. Confiesan una cosa y hacen otra.

Más aún, confiesan una cosa *mientras* hacen otra. Incluso los pecadores, deliberados y desenfadados, si pudieran ser lo bastante honestos

para decir lo que realmente sienten en sus corazones, confesarían, mientras son indulgentes con los placeres del pecado, o malgastan el día del Señor, o están en mala compañía, o mienten o defraudan, o beben en exceso, o hacen cualquier otra cosa mala, confesarían, digo, si sus mentes hablaran, que es mucho más feliz, incluso ahora, vivir en obediencia a Dios que obedecer a Satanás. No es que el pecado no tenga sus placeres, tales como son; no quiero negar eso, por supuesto, no niego que Satanás es capaz de darnos algo a cambio de la felicidad futura y eterna, no digo que las personas irreligiosas no tengan placeres, que las que son religiosas están obligadas a perder. Sé que los tienen, porque si no nada habría que nos tentara y pusiera a prueba. Pero, después de todo, los placeres que gozan los que sirven a Satanás, aunque agradan, están siempre acompañados también de dolor, con una amargura que, aunque no destruye el placer, es por sí misma suficiente para hacerlo mucho menos placentero, aun mientras dura, que los placeres sin esa amargura, como son los de la religión. ¡Ah! este es el estado de multitudes de personas: no estar muertos al pecado y vivos para Dios sino, mientras están vivos para el pecado y el mundo, tener justamente ese sentido de lo celestial que les impide ser capaces de gozar de lo uno y de lo otro.

Digo que, cuando cualquier persona, hombre o mujer, joven o viejo, es consciente de que está haciendo el mal, sea en materia grave o leve, sea en no venir a la iglesia cuando no hay una excusa buena, o porque deja la oración personal, o vive sin cuidado, o dejándose llevar por pecados conocidos, esta mala conciencia es de vez en cuando un tormento para esas personas. Por un momento, quizás, no sienten el dolor, pero luego llega de nuevo. Es un dolor penetrante, hostil, inquietante, odioso, que impide a los pecadores ser felices. *Podrán* tener placeres, pero no pueden tener *felicidad*. Saben que Dios está enojado con ellos, y que en algún momento los visitará, los juzgará, y los castigará. Tratan de sacar esto

de sus mentes, pero la flecha se clava firme allí, y mantiene su asidero. Tratan de tomarlo a risa, o de ser descarados y atrevidos, o estar enojados y violentos. Son maleducados o poco amables al responder a quienes se lo recuerdan, sea de palabra o con su ejemplo. Pero la flecha mantiene su asidero. Y tan es así, que todos los hombres que no están muy perdidos, buenos o malos, desean ser santos como Dios es santo, puros como Cristo lo fue, aunque no traten de serlo o pedirle a Dios que los haga santos y puros. No es que les *guste* la religión, pero saben, están convencidos en su razón, y sienten seguridad, de que sólo la religión es felicidad.

¡Qué situación horrible es que nuestros deseos vayan por un lado y nuestro conocimiento y conciencia por otro; tener nuestra vida, nuestro aliento y alimento en la Tierra, y nuestros ojos en Aquél que murió y ahora vive; mirar hacia Aquel que fue traspasado pero no resucitar con Él y vivir con Él; sentir que una vida santa es nuestra única felicidad pero no tener corazón para buscarla; estar seguro de que el salario del pecado es la muerte pero seguir pecando; confesar que sólo los ángeles son perfectamente felices porque hacen perfectamente la voluntad de Dios, pero prepararnos para nada más que la compañía de los demonios; reconocer que Cristo es nuestra única esperanza pero dejar ir esta esperanza deliberadamente! ¡Qué situación miserable, y pobres aquellos que me estén escuchando ahora y se encuentran así!

A primera vista, podría parecer imposible que a cualquiera de estas personas la encontráramos en la iglesia. Uno podría estar tentado de decir, “todos los que vienen a la iglesia, al menos se toman las cosas en serio, y han dejado el pecado, son imperfectos como todos los cristianos en el mejor de los casos, pero no caen en pecado voluntario”. Me alegraría creer, hermanos, que este fuera el caso, pero no puedo dar rienda suelta a esa esperanza. No. Pienso con bastante certeza que algunas personas al menos, no digo cuántas, a quienes estoy hablando, no se

han decidido plenamente a llevar una vida religiosa. Vienen a la iglesia porque piensan que es correcto, o por otra razón. Es muy bueno que vengan, y me alegro por ello. Es muy bueno, pero no es todo. No adelantan mucho en el reino de Dios como para resistir al demonio, o huir de él. No tienen dominio sobre sí mismos. Un día actúan bien y al siguiente mal. Tienen miedo a que se rían de ellos. Les atrae la mala compañía. Postergan la religión para el futuro. Piensan que una vida religiosa es aburrida y desagradable. Pero tienen cierto sentido de la religión, y vienen a la iglesia para satisfacer este sentido. Digo que está bien venir a la iglesia, pero ojalá pudiera persuadirseles de la verdad simple que dice san Pablo: “No es judío el que lo es exteriormente, ni es circuncisión la que se hace por fuera de la carne; antes bien es judío el que lo es en lo interior, y es circuncisión la del corazón según el espíritu y no según la letra, cuya alabanza no es de los hombres sino de Dios” (Rom 2, 28-29). Lo cual puede interpretarse así: no es un cristiano el que lo es externamente, el que viene tan solo a la iglesia, y profesa el deseo de ser salvado por Cristo. Es muy bueno que haga esto, pero no es suficiente. No es un cristiano el que tan sólo no abandonó la religión, sino que es un cristiano verdadero aquel que, mientras lo es externamente, lo es internamente también; aquel que vive para Dios, cuya vida secreta está escondida con Cristo en Dios, cuyo corazón es religioso; aquel que no sólo conoce y siente que una vida religiosa es la verdadera felicidad, sino que ama la religión, que desea, intenta y pide ser religioso, que implora a Dios Omnipotente que le dé voluntad y poder para ser religioso, y que, a medida que pasa el tiempo, se hace más y más religioso, más apto para el cielo.

No podemos hacer nada bueno a menos que Dios nos dé el deseo y el poder de hacerlo. No podemos agradecerle sin la ayuda de Su Espíritu Santo. Y si alguien no siente profundamente esto como la primera verdad en religión, se está preparando a sí mismo una caída fatal. Intentará, y fallará notablemente, completamente. Su



St. Mary and St. Nicholas, la capilla construida por Newman en Littlemore en 1836. Vista del interior hacia 1841.

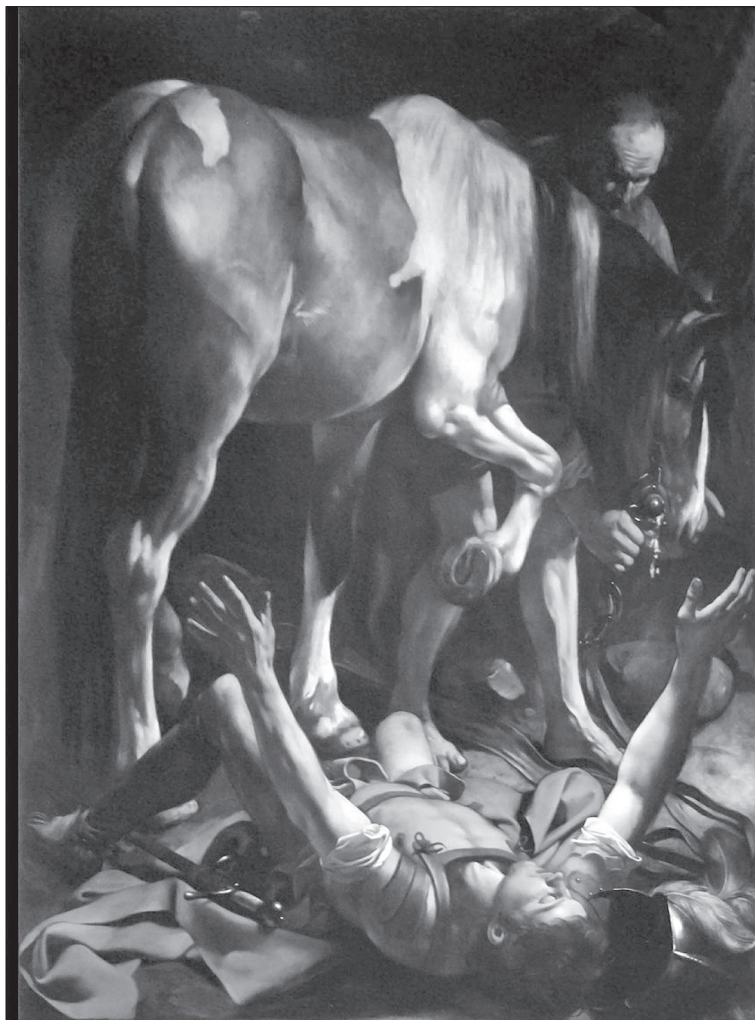
propia experiencia miserable le hará entender, si no lo cree, lo que dice la Escritura. Pero no es improbable que algunas personas, quizás algunas que ahora me escuchan, puedan caer en el error opuesto. Pueden excusarse de su tibieza y sus pecados con el pretexto de que Dios no les mueve internamente, y pueden argumentar que aquellos hombres santos que tanto admiran, los que están sentados a la derecha e izquierda de Cristo, son de una naturaleza diferente a la de ellos, al estar santificados desde el seno materno, visitados, protegidos, renovados, fortalecidos e iluminados de un modo peculiar, de modo que no sorprende que *sean* santos, y que ellos no tienen la culpa de no serlo. Pero esto no es así. No nos engañemos así miserablemente. San Pablo dice expresamente de sí mismo y de otros apóstoles, que eran “hombres sometidos a las mismas pasiones” que los pobres paganos ignorantes a quienes predicaban (cf Hch 14, 15). ¿Acaso su

historia no lo muestra? ¿No recordáis lo que era antes de su conversión? ¿No estaba furioso como bestia de rapiña contra los discípulos de Cristo? ¿Y cómo se convirtió? ¿Por la visión de nuestro Señor? En un sentido sí, pero no solamente. Escuchad sus propias palabras: “Así pues, rey Agripa, no fui *desobediente* a la visión celestial” (Hech 26, 19). La obediencia fue necesaria para su conversión; no pudo obedecer sin la gracia, pero habría recibido la gracia en vano si no hubiese obedecido. Y, después de todo, ¿fue perfecto al instante? No, porque dice expresamente: “No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto” (Ef 3, 12), y en otro lugar nos dice que tenía “un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea” (2 Cor 12, 7), y que estaba obligado a “golpear mi cuerpo y esclavizarlo, no sea que, habiendo predicado a los demás, resulte yo mismo descalificado” (1 Cor 9, 27). San Pablo venció, como debemos hacerlo cada uno de nosotros, esforzándose, luchando “por entrar por la puerta estrecha” (Lc 13, 24), trabajando “por su salvación con temor y temblor” (Flp 2, 12).

Esta es una cuestión sobre la que se debe insistir para estimular a los tímidos, para refutar a los hipercríticos, y para humillar a los santos. En este mundo, incluso los mejores hombres, aunque estén muertos al pecado y hayan matado al pecado, tienen todavía esa cosa muerta y corrupta dentro de ellos, aunque vivan para Dios; tienen aún un enemigo de Dios que permanece en sus corazones, aunque lo tengan sometido. Lo que ciertamente tienen todos los hombres en común es una raíz del mal en ellos, un principio de pecado, o lo que puede llegar a ser tal. Difieren, no en que unos lo tienen y otros no, sino en que unos viven en el pecado y para el pecado y otros no, en que unos lo someten y otro no. Un hombre santo está por naturaleza tan sujeto al pecado como los demás, pero es santo porque somete, pisotea, encadena, aprisiona, y pone fuera del camino esta ley de pecado, gobernándose por motivos religiosos y espirituales. Sólo de Cristo puede decirse que “no cometió pecado, y en su

boca no halló engaño” (1 Pe 2, 22). El príncipe de este mundo llegó y no encontró nada en Él. No tenía raíz de pecado en Su corazón, no nació con el pecado de Adán. Pero nosotros somos muy diferentes. Él era así de puro porque era el Hijo de Dios, nacido de una Virgen. Pero nosotros somos concebidos en pecado y formados en la iniquidad. Y como lo que nace de la carne es carne, somos pecadores y corruptos porque hemos sido pecadoramente engendrados por pecadores. Aun aquellos que terminan por ser santos y obtienen la vida eterna, no nacen santos, sino que con la gracia de Dios regeneradora y renovadora se hacen santos. Es la Cruz de Cristo, sin nosotros y dentro de nosotros, lo que nos cambia a cada uno de ser (podríamos decir) un demonio, a ser un ángel. Somos todos “por naturaleza hijos de ira” (Ef 2, 3). En el mejor de los casos, somos como los buenos árboles de olivo, que han venido a ser buenos por haber sido injertados en un árbol bueno. Por naturaleza somos como árboles silvestres, que dan frutos agrios, y así quedaríamos si no fuéramos injertados en Cristo, el olivo bueno, hechos miembros de Cristo, el justo y santo y bienamado Hijo de Dios. Por eso es que hay ese cambio en un santo de Dios respecto a lo que era al comienzo.

Considerad qué hombre diferente era san Pablo antes y después de su conversión: rabian-do, como ya dije, como una bestia salvaje, con furia persecutoria contra la Iglesia, antes que Cristo se le apareciera, y sumisamente sufriendo persecución y gloriándose en ella después. Pensad en san Pedro negando a Cristo antes de la resurrección, y confesándole, sufriendo y muriendo por Él después. Y así ahora muchos santos de edad avanzada que tienen buena esperanza del Cielo, recordarán cosas de cuando eran jóvenes que les llenarán de tristeza. No digo que los santos de Dios llevaran vidas viciosas e inmorales cuando eran jóvenes; quiero decir que su naturaleza más baja y mala no estaba sometida, y quizás de tanto en tanto estallaba y se rebelaba contra ellos en acciones y palabras muy diferen-



*Conversión de san Pablo,
Caravaggio.*

tes de las que se ven hoy, y que si sus amigos supieran lo que ellos mismos saben, no pensarían que son las mismas personas, y estarían sobrecogidos de asombro. Nunca podremos imaginar lo que una persona es por naturaleza, viendo lo que la autodisciplina ha hecho de él. Pero si llegamos a cambiar de ese modo y prepararnos para el cielo, no es mérito nuestro o para nuestra alabanza. Es obra de Dios. ¡A Él sea la gloria por haber obrado tan maravillosamente con nosotros! Aun así, en esta vida, hasta el fin, habrá suficiente mal en nosotros para humillarnos; hasta el fin los hombres más santos tienen restos y manchas de pecado que harían desaparecer de buena gana, si pudieran, y que impiden que esta vida, con toda la gracia de Dios, sea para ellos un cielo sobre la tierra. No, la vida cristiana no es

más que una sombra del Cielo. Sus fiestas y días santos no son sino sombras de eternidad. Pero en el más allá será otra cosa. En el Cielo, el pecado será completamente destruido en cada alma elegida. No tendremos deseos terrenales, ni tendencia a la desobediencia o a la irreligiosidad, ni amor al mundo o a la carne, que nos separe de la devoción suprema a Dios. La santidad de nuestro Salvador nos llenará, y seremos capaces de amar a Dios sin inconvenientes ni debilidad.

Por cierto, la plena recompensa de todos nuestros anhelos aquí será alabar y servir a Dios eternamente con un corazón sencillo y perfecto, en medio de Su Templo. ¡Qué tiempo será ese, cuando sea perfeccionado en nosotros todo lo que al presente es apenas un débil comienzo! En-



Angeles, Gustav Doré.

tonces veremos cómo los ángeles adoran a Dios. Veremos la calma, la intensidad y la pureza de su culto. ¡Tendremos esa tremenda visión, el Trono de Dios, y los Serafines delante y alrededor exclamando “Santo”! Intentamos ahora imitar en la Iglesia lo que allí se hace, como fue desde un principio y lo será por siempre. En el *Te Deum*, decimos cada día “Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los ejércitos”. En el Credo recordamos las misericordias de Dios con nosotros, pecadores. Y decimos y cantamos Salmos e Himnos, para llegar al Cielo tan cerca como podamos. ¡Que estos intentos nuestros de prepararnos para Él sean bendecidos por Dios Todopoderoso! ¡Que no sean fórmulas muertas sino liturgia viva, viva con la vida que viene de Dios Espíritu Santo, en aquellos que están muertos al pecado y viven con Cristo! Me atrevo a decir que algunos de vosotros habéis escuchado a personas que disienten con la Iglesia, decir (de todas formas) que nuestras oraciones, ceremonias y festividades son sólo formas, formas muertas, que no nos hacen ningún bien. Sí, son formas muertas para

aquellos que están muertos, pero son formas vivas para aquellos que están vivos. Y si vosotros venís aquí de un modo muerto, sin fe, sin buscar una bendición, sin que vuestros corazones estén en la liturgia, no obtendréis ningún beneficio con ello. Pero si venís de un modo vivo, con fe, con esperanza, con reverencia, y con corazones santamente expectantes, entonces todo lo que tiene lugar aquí será una liturgia viva y llena de cielo.

Aprovechad, pues, este santo tiempo de Pascua, que dura entre cuarenta y cincuenta días, para llegar a ser más como Él, que murió por vosotros, y vive ahora para siempre. Él nos promete “Yo vivo y también vosotros viviréis” (Jn 14, 19). Muriendo en la Cruz, Él abrió el Reino de los Cielos a todos los creyentes. Primero murió, y luego abrió el Cielo. Por lo tanto, primero conmemoramos Su muerte, y después, durante algunas semanas seguidas, conmemoramos y manifestamos las alegrías del Cielo. Los que no se alegran en las semanas de Pascua, no se alegrarán en el Cielo mismo. Estas semanas son una suerte de comienzo de cielo. Pedid a Dios que os haga capaces de alegraros, capaces de celebrar la Fiesta debidamente. Pedid a Dios que os haga mejores cristianos. El mundo es un sueño, y no obtendréis ningún bien de él. Quizás encontraréis esto difícil de creer, pero estad seguros de que es así. Confía en ello, y al final lo reconoceréis. La gente joven espera un bien del mundo, la de media edad se dedica a él, e incluso la gente vieja no quiere abandonarlo. Pero el mundo es vuestro enemigo, y la carne es vuestro enemigo. Venid a Dios, y suplicadle la gracia de dedicaros a Él. Suplicadle el deseo de seguirlo a Él, y el poder obedecerlo a Él. ¡Qué consolador, qué placentero, qué dulce, qué tranquilizador, y qué satisfacción es llevar una vida santa, la vida de los ángeles! Es difícil al principio, pero con la gracia de Dios todas las cosas son posibles. ¡Qué placer es haber hecho algo sin pecar! ¡Qué bueno y qué alegría es huir de la tentación y resistir el mal! ¡Qué dulce, qué digno, qué plenitud, qué justo, es morir al pecado y vivir para la santidad!●—

Parochial and Plain Sermons, VII,12

Predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, el 20 de mayo de 1838

La fiesta del Evangelio

*Al levantar Jesús los ojos y ver que venía hacia Él mucha gente, dice a Felipe:
“¿Dónde vamos a comprar panes para que coman éstos?” (Jn 6, 5)*

Después de estas palabras el evangelista agrega: “Se lo decía para probarle, porque Él sabía lo que iba a hacer”. Veis por esto que cuando hablaba nuestro Señor había significados secretos, cuyo sentido divino no lo daba a conocer abiertamente de inmediato. Él sabía lo que estaba por hacer desde el principio, pero deseaba guiar a Sus discípulos, capturar y abrir sus mentes, antes de instruirlos: pues no todos pueden recibir Sus palabras, y las verdades más sagradas no surten efecto en los ciegos y sordos.

Por eso, en el curso de Sus dispensaciones de gracia desde el principio, se puede decir que el Autor y Consumador de nuestra fe (Heb 12, 2) nos ha escondido cosas misericordiosamente, y ha escuchado nuestras preguntas, mientras Él mismo sabía lo que iba a hacer. Ha escondido en orden a revelar más tarde, de modo que después, al mirar atrás lo que dijo e hizo antes, podamos ver lo que en su momento no veíamos, y verlo así con más provecho. Por eso se ocultó de los discípulos cuando caminaba con ellos hacia Emaús. Así también, bajo circunstancias diferentes y sin embargo similares, José se escondió de sus hermanos.¹

Con este pensamiento en nuestras mentes, ciertamente parece que vemos aún un nuevo y ulterior significado en esta narración. Cristo hablaba de comprar pan, cuando se proponía crear o hacer pan. Pero al hacer ese pan ¿no pensaba además en aquel Pan celestial que es la salvación de nuestras almas?, porque continúa diciendo: “*Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre*” (Jn 6, 27). Sí, ciertamente el desierto es el mundo, los apóstoles son Sus sacerdotes, las multitudes son Su pueblo, y esa fiesta, provista de modo tan inesperado y repentino, es la Santa Comunión. Él sólo es el mismo, es quien proveyó los panes entonces y el maná celestial ahora. Todas las otras cosas cambian, pero Él permanece.

¿Y qué es ese Banquete celestial que ahora se nos concede, sino a su vez la garantía y prenda de esa futura fiesta en el reino de Su Padre, cuando lleguen “las bodas del Cordero, y Su Esposa se haya engalanado”, y “la santa Jerusalén baje del cielo, de junto a Dios”, y “sea dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios”? (Ap 19, 7; 20, 2; Lc 14, 15).

¹ Se refiere a José, hijo de Jacob, vendido por sus hermanos y llevado a Egipto, que cuando a causa del hambre viajan allí

años más tarde, siendo él el administrador del Faraón, no se dio a conocer a sus hermanos al principio. (Gen 42-43)



Iglesia de la
multiplicación
de los panes
(mosaico)
Tabgha, Israel.

Además, así como levantamos nuestros ojos hacia esa Fiesta en lo Alto, aunque no llegará hasta el fin, y no solo hacemos memoria de ella una vez sino continuamente en el rito sagrado que la prefigura, de igual modo, no solamente en el milagro de los panes, aunque en él especialmente, sino en todas las partes de la Escritura, en la historia, en perspectiva, promesas y profecías, se nos da contemplar la Fiesta del Evangelio tipificada y prefigurada, y esa Cena inmortal y permanente, en la visible presencia del Cordero que estará en ella hasta el fin. Y si son bendecidos los que comerán y beberán en esa mesa del Reino, así también lo son los que meditan en ella y la esperan ahora, los que leen la Escritura teniéndola en sus pensamientos, y se esfuerzan en ver bajo el velo del texto literal, para captar los destellos de la luz celestial que están detrás. “¡Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen! Pues os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron” (Mt 13, 16-17). “Dichosos los

que no han visto y han creído” (Jn 20, 29). Dichosos los que ven en y por la fe, y tienen porque no dudan.

Sigamos esta línea de pensamiento que se nos abre, apropiado a este tiempo del año,² y volviendo a la Sagrada Escritura, encontremos las indicaciones y promesas de ese sagrado y bendito Banquete del Cuerpo y Sangre de Cristo, que ahora es nuestro privilegio gozar hasta que llegue el fin.

El Antiguo Testamento, como sabemos, está lleno de figuras y tipos del Evangelio, variados y aun contrarios entre sí en sus términos literales, pero que se encuentran y se cumplen armoniosamente en Cristo y en Su Iglesia. Por eso, las historias de los israelitas en el desierto, y cuando se establecen en Canaán, son semejantes a las nuestras, representando nuestra actual condición como cristianos. Nuestra vida cristiana es un es-

2 Pascua.

tado de fe y de prueba, y es también un estado de gozo. Tiene la riqueza de la Tierra prometida, y la maravilla del desierto. Es “una tierra buena, tierra de torrentes, de fuentes y hontanares que manan en los valles y en las montañas, tierra de trigo y de cebada, de viñas, higueras y granados, tierra de olivares, de aceite y de miel, tierra donde el pan que comas no te será racionado y donde no carecerás de nada; tierra donde las piedras tienen hierro y de cuyas montañas extraerás el bronce” (Dt, 8, 7-9). Y, por otro lado, es aún una tierra que al hombre natural le parece un desierto, “desierto grande y terrible, de serpientes abrasadoras y escorpiones, donde no hay agua” (Dt 8, 15), donde la fe es aún necesaria, donde, con más fuerza que en el caso de Israel, la máxima dice que “no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4, 4).

Este es el estado en que estamos: un estado de fe y de posesión. Los israelitas vivieron en el desierto por los signos de las cosas, sin las realidades: el maná representaba el trigo, el aceite y la miel de la tierra prometida, y el agua representaba el vino y la leche de allí. Fue un tiempo para ejercitar la fe, y cuando entraron en la tierra prometida, entonces fue el tiempo de la posesión. Era la tierra de la leche y la miel, y no necesitaron compensaciones o recursos divinamente provistos. No fue necesario el maná, ni la columna de nube, ni el agua de la roca. Pero nosotros los cristianos, por el contrario, estamos a la vez en el desierto y en la tierra prometida. En el desierto porque vivimos entre milagros, y en la tierra prometida porque gozamos. Que vivimos en un estado de gozo es seguramente cierto, a menos que todas las profecías hayan fallado, y que estamos en un estado en el que solamente la fe tiene ese gozo, queda claro por el hecho de que no se ven las grandes bendiciones de Dios, y por aquello que dice el Apóstol: “*Caminamos en la fe y no en la visión*” (2 Cor 5, 7). En una palabra, el nuestro es un estado sobrenatural, que implica a la vez su grandeza y su ocultamiento, pues lo que está por encima de lo natural está in-

mediatamente oculto a la vista y es más precioso que lo que se ve, “porque las cosas visibles son pasajeras, pero las invisibles son eternas” (2 Cor 4, 18).

Y si nuestro estado en su conjunto es paralelo al de los israelitas, como el *antitipo* al *tipo*, es natural pensar que tan gran don como la Santa Comunión no carece de sus figuras y símbolos apropiados en el Antiguo Testamento. Todo lo que nuestro Salvador ha hecho está una y otra vez prefigurado en el Antiguo Testamento, Su nacimiento milagroso, Su vida, Su enseñanza, Su muerte, Su sacerdocio, Su sacrificio, Su resurrección, y Su glorificación, y es natural pensar y razonable suponer que, como en estas cosas, si se nos dio realmente este gran don no se ha omitido su prefiguración. Aquel que murió por nosotros es quien nos alimenta, y así como Su muerte es mencionada, así podemos esperar de antemano que esté mencionada la Fiesta que nos da. No abiertamente, por cierto, pero de modo encubierto, bajo la tipología de David y Aarón, u otros siervos de Dios. De igual manera podríamos esperar encontrar, y así es, alusiones reverentes de Su Banquete misericordioso, que no sabríamos que *son* alusiones si no fuera por el hecho al que aluden, como no sabríamos del todo que Salomón, Aarón o Samuel, representan a Cristo, si no fuera porque el hecho explica la figura. Cuando Abraham le dijo a Isaac, “Dios proveerá el cordero para el sacrificio” (Gn 22, 8), ¿quién podrá dudar que esto es una profecía que se refiere a Cristo, aunque no se nos diga en ningún lugar de la Escritura? El caso es el mismo en lo referente al sacramento del Bautismo. Ahora que fue dado, no podemos dudar que las purificaciones de los judíos, el baño de Naamán, y la profecía de una fuente abierta para el pecado y toda impureza, hacían referencia al mismo, al ser el cumplimiento visible de la gran limpieza espiritual, y san Pedro afirma esto expresamente del diluvio, y san Pablo del paso del Mar Rojo. Y de igual modo, los pasajes de la Biblia que hablan proféticamente de la Fiesta del Evangelio, no pueden sino remitir, por así decir, al Santo

Sacramento de la Cena del Señor, al ser de hecho la Fiesta dada bajo el Evangelio.

Y debe observarse que sabemos directamente que tenemos este gran don, que la historia del Antiguo Testamento lo prefigura, y que tenemos una luz que ilumina lo que de otro modo es una dificultad. Porque podría preguntarse con cierta superficialidad, si los judíos no se hallaban en un estado mayor de privilegio que los cristianos, hasta que tomamos en cuenta este don. Puede objetarse que nuestras bendiciones son todas futuras y distantes: la esperanza de vida eterna, que debe cumplirse más allá, el perdón de Dios, que está en el cielo. ¿Qué ganamos aquí y ahora por encima de los judíos? Dios amaba a los judíos, y *les dio* algo, les dio dones presentes, de cuya descripción está lleno el Antiguo Testamento. Les dio “lo mejor de los cielos, el rocío, y el abismo que reposa abajo, lo mejor de los frutos del sol, de lo que brota a cada luna, las primicias de los montes antiguos, lo mejor de los collados eternos, lo mejor de la tierra y cuanto contiene”, “miel de la peña, aceite de la dura roca, cuajada de vacas y leche de ovejas, con la grasa de corderos, carneros de raza de Basán, y machos cabríos, con la flor de los granos de trigo, y como bebida la roja sangre de la uva” (Dt 33, 13-15; 32, 13-14). Estas eran bendiciones presentes y reales. ¿Qué nos ha dado Él *a nosotros*? ¿*Nada* en posesión? ¿*Todo* en promesa? Digo que esto no es verosímil en sí mismo, que no es razonable que hubiera revertido Su sistema y hubiera hecho el Evangelio inferior a la Ley. Pero conocer el gran don que consideramos ahora clarifica esta perplejidad, pues cada pasaje del Antiguo Testamento que habla de las bendiciones temporales dadas por Dios a Su pueblo primitivo, en vez de transmitirnos un doloroso sentido de destitución y de excitar nuestros celos, nos hace recordar nuestra mayor bendición, ya que cada pasaje que les pertenece a ellos se cumple ahora en un sentido más elevado para nosotros. No necesitamos envidiarlos. Dios no restó bendiciones, sino que nos dio mayores. No es que la Ley fuese quitada

al llegar el Evangelio. El Evangelio suplantó la Ley. La Ley salió al entrar el Evangelio. Solamente nuestras bendiciones son invisibles, y *por ello* son más elevadas, *porque* son invisibles. Las bendiciones más altas no pueden verse. ¿Cómo podrían ser visibles las bendiciones espirituales? Si Cristo nos alimenta ahora, no con leche y miel, sino “con el alimento espiritual de Su preciosísimo Cuerpo y Sangre”, si “nuestros cuerpos de pecado son purificados con Su Cuerpo, y nuestras almas bañadas con Su preciosa Sangre”,³ en verdad no estamos sin nuestras cosas valiosas, más de lo que estaba Israel, pero son cosas invisibles, porque son más grandes y espirituales. Son dadas solamente bajo el velo de lo que se ve. Y por eso los cristianos estamos a la vez con la Iglesia en el desierto en lo que se refiere a la fe, y en la Iglesia en Canaán en lo que se refiere al gozo. Y tenemos el cumplimiento de las palabras dichas por Moisés, y repetidas por nuestro Señor, a las que me he referido: “*No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*”.

Ahora, entonces, me referiré a algunos pasajes, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, que ilustran y son ilustrados por esta gran doctrina del Evangelio.

1. Primero, observemos desde el principio, que el rito más grande de la religión ha sido una comida: la participación de las bondades de orden natural que Dios nos ha dado, ha sido consagrada para una comunión más inmediata con Dios mismo. Por ejemplo, cuando Isaac fue destetado, Abraham “hizo un gran banquete” (Gn 21, 10), y entonces fue que Sara dijo: “Despide a esa criada y a su hijo”, profetizando la introducción del espíritu, la gracia y la verdad, que contiene el Evangelio, en vez de la esclavitud de

3 Cita expresamente el artículo de fe anglicano referido a la Eucaristía. Pero Newman interpretaba “presencia espiritual” como “presencia real” de Cristo bajo las especies del pan y del vino.

las formas externas de la Ley. Nuevamente, fue en un banquete de carne sabrosa que el espíritu de profecía vino sobre Isaac, y él bendijo a Jacob (Gn 27). De igual modo, el primer milagro de nuestro Señor fue en un banquete de bodas, cuando cambió el agua en vino; y cuando se convirtió san Mateo invitó a nuestro Señor a un banquete. También durante un banquete nuestro Señor permitió que la mujer penitente lavara con sus lágrimas y ungiera Sus pies, y allí fue perdonada. En un banquete, antes de Su pasión, permitió que María ungiera sus pies con un costoso perfume y los secara con sus cabellos. De este modo, tanto con los Patriarcas como con nuestro Señor, una comida fue un tiempo de gracia, tanto más cuanto que los fariseos decían de Él que por ir a comer y beber era “un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11, 19).

2. Además, en orden a hacer del banquete algo más solemne, había sido el uso en todo tiempo que la precediera un acto directo de religión, ya sea una oración, o una bendición, o un sacrificio, o por la presencia de un sacerdote, que lo implicaba. De este modo, cuando Melquisedec salió al encuentro de Abraham, y lo *bendijo*, “presentó pan y vino”, a lo cual se agrega: “pues era sacerdote del Dios Altísimo” (Gn 14, 18). Tal fue, también, el cordero de la Pascua, que era comido asado al fuego, con pan sin levadura, hierbas amargas, con los lomos ceñidos y el calzado puesto, y un cayado en la mano, pues la Pascua del Señor, si bien no era un sacrificio, era un banquete religioso solemne. Y así parece haber sido la idea común de comunión con Dios por todo el mundo, de cualquier modo que fuera obtenida: que llegamos a la posesión de Sus dones invisibles por la participación en Sus dones visibles, que había alguna misteriosa conexión entre lo visible y lo invisible, que al poner aparte lo más escogido de Sus dones terrenales como muestra y representación de todo, presentándolo a Él para que lo bendijera, y luego tomarlo y comerlo, apropiándolo, teníamos la mejor espe-

ranza de obtener aquellos dones desconocidos e indefinidos que la naturaleza humana necesita. Esto también lo practicaban los paganos hacia sus ídolos, y san Pablo parece reconocer que de ese modo se comunicaban, si bien miserable y terriblemente, con aquellos ídolos, y con los espíritus malignos que representaban. “Pero si lo que inmolan los gentiles, ¡lo inmolan a los demonios y no a Dios! Y yo no quiero que entréis en comunión con los demonios” (1 Cor 10, 13) Aquí, como antes, se habla de una fiesta como medio de comunicación con el mundo invisible, aunque cuando la fiesta era idolátrica significaba asociarse con los demonios.

3. Observemos a continuación que las descripciones en el Antiguo Testamento del perfecto estado del privilegio religioso, es decir, del Evangelio que iba a venir, están hechas continuamente bajo la imagen de una fiesta, con algunos bienes especiales y escogidos de este mundo: trigo, vino, y cosas semejantes, bienes de este mundo elegidos como muestra del todo, como tipos y medios de búsqueda, y como medios de obtener bendiciones espirituales desconocidas “que ni el ojo vio ni el oído oyó” (1 Cor 2, 9). Y estos bienes especiales de la naturaleza, puestos aparte como figuras de lo que es más grande, son más frecuentemente el trigo o pan y el vino, aunque también se mencionan otros. El primero del cual leemos es el fruto del árbol de la vida, cuyas hojas están mencionadas también en los profetas. El árbol de la vida estaba en el jardín del Edén, y hubiera hecho inmortal a Adán si lo comía: un don divino oculto en una forma externa. El profeta Ezequiel habla de él más tarde con las siguientes palabras, mostrando que una bendición similar estaba reservada para los redimidos: “A orillas del torrente, a una y otra margen, crecerán toda clase de árboles frutales, cuyo follaje no se marchitará y cuyos frutos no se agotarán: producirán todos los meses frutos nuevos, porque esta agua viene del santuario. Sus frutos servirán de alimento, y sus hojas de medicina” (Ez 47, 12). Semejante es lo que dice san Juan sobre el árbol

de la vida, “que dan fruto doce veces, una vez cada mes; y sus hojas sirven de medicina para las naciones” (Ap 22, 2). Por eso también, leemos en el Cantar de los Cantares acerca del manzano, de sentarse bajo su sombra, y de su fruto dulce al paladar (2, 3). Aquí se significa, en tipo, el don sagrado del que estoy hablando, y sin embargo al Dador generoso no le ha parecido bien elegir frutos u hojas como los medios de Sus bendiciones invisibles. Podría habernos alimentado espiritualmente con ellos si así lo hubiese complacido, pues no solo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de Su boca. Su Palabra podría haber hecho del fruto del árbol Su sacramento, pero ha querido otro modo.

La otra selección de dones de la tierra que encontramos en la Escritura es la que finalmente Él estableció, pan y vino, como en la historia de Melquisedec, y allí el relato se presenta como una profecía de lo que iba a venir, porque ¿quién es Melquisedec sino nuestro Señor y Salvador, y qué es el Pan y el Vino sino la verdadera fiesta que Él ha instituido?

Anuncios de otro gran don aparecen en la descripción de la tierra prometida, de la cual se dice que mana leche y miel, y todas las otras cosas valiosas de la naturaleza que ya hemos considerado como pertenecientes a la tierra prometida: aceite, manteca, trigo, vino, y semejantes. Todo esto podemos referirlo típicamente al festín del Evangelio, porque eran las bendiciones más excepcionales y exquisitas dadas a los judíos, como la Fiesta del Evangelio es la más escogida y sagrada de todas las bendiciones dadas a los cristianos, y lo que es más apreciado bajo una dispensación significa lo que es más apreciado bajo la otra.

Sigamos ahora con los profetas, y encontraremos una anticipación semejante del banquete del Evangelio.

Por ejemplo, recordaréis lo que dice el profeta Oseas: “Sucederá aquel día que yo responderé –oráculo del Señor– responderé a los cielos, y

ellos responderán a la tierra: la tierra responderá al trigo, al vino y al aceite, y ellos responderán a Yisreel. Yo la sembraré para Mí en esta tierra” (2, 23-24). Por Yizreel se entiende la Iglesia cristiana, y el profeta declara en nombre de Dios que llegará el tiempo en que la Iglesia invocaría al trigo, al vino y al aceite, y ellos invocarían a la tierra, y la tierra invocaría a los cielos, y los cielos a Dios, y Dios respondería a los cielos, y los cielos respondería a la tierra, y la tierra al trigo, al vino y al aceite, y ellos responderían a las necesidades de la Iglesia. Sin duda, esto puede cumplirse sólo en de un modo general, pero considerando que Dios Omnipotente ha fijado al trigo o pan, y al vino, para que sean los instrumentos especiales de Su inefable gracia, como Él ve el fin desde el comienzo y contempla todas las cosas en todas sus relaciones a la vez, cuando habló del trigo y del vino conocía que la palabra se cumpliría en el Evangelio, no sólo de modo general, sino literalmente.

El profeta Joel dice: “Sucederá aquel día que los montes destilarán vino y las colinas manarán leche; todos los torrentes de Judá correrán llenos de agua, y de la Casa del Señor saldrá una fuente que regará el valle de las Acacias” (3, 18) ¡Qué sorprendentemente se ha cumplido esto, si lo aplicamos a lo que Dios nos ha dado en el Evangelio, en el banquete de la Santa Comunión!

El profeta Amós dice: “He aquí que vienen días, oráculo del Señor, en que el arador empalmará con el segador y el pisador de la uva con el sembrador; destilarán vino los montes y todas las colinas se derretirán” (9, 13), es decir, con la maravillosa gracia de Dios, por la cual nos da dones nuevos y magníficos.

El profeta Isaías dice: “En este monte hará el Señor de los ejércitos a todos los pueblos un convite de manjares frescos, convite de buenos vinos, manjares de tuétanos, vinos depurados” (25, 6). Y también: “No daré tu grano jamás por manjar a tus enemigos. No beberán hijos de extraños tu vino por el que te fatigaste, sino que



La última Cena, Tintoretto (circa 1547).

lo cosechen lo comerán y alabarán al Señor, y los que los recolecten lo beberán en mis atrios sagrados” (62, 8-9). Y también: “Mirad que mis siervos comerán, mas vosotros tendréis hambre; mirad que mis siervos beberán, mas vosotros tendréis sed” (65, 13).

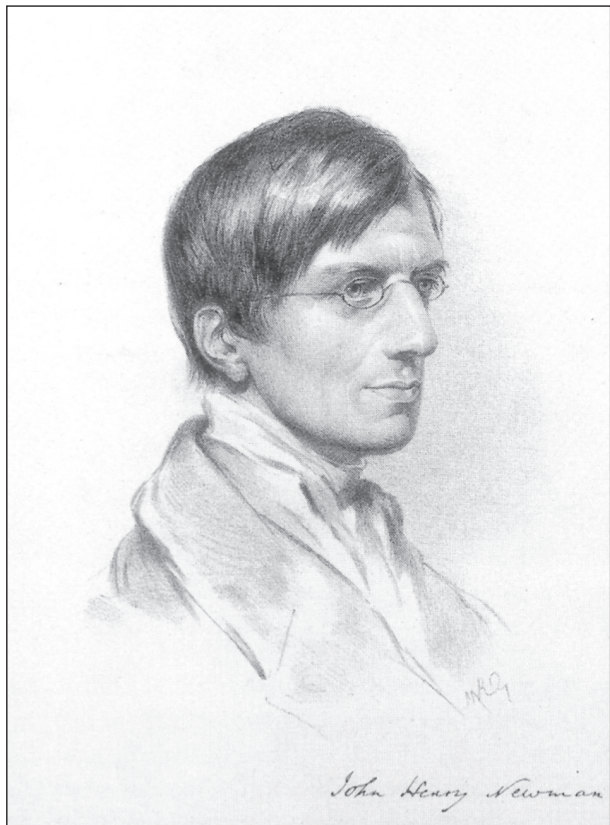
El profeta Jeremías dice: “Vendrán y darán hurras en la cima de Sión, y acudirán al regalo del Señor: al grano, al vino, y al aceite, a las crías de ovejas y de vacas, y será su alma como huerto empapado, no volverán a estar ya macilentos... Y empaparé el alma de los sacerdotes de grasa, y mi pueblo se hartará de mi regalo, dice el Señor” (31, 12-14)

El profeta Zacarías dice: “¡Qué espléndido será, qué hermoso! El trigo hará florecer a los mancebos y el vino a las doncellas” (9.17).

Y el profeta Malaquías dice, bajo una imagen diferente pero con el mismo sentido general: “Desde el sol levante hasta el poniente, grande es mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi Nombre un sacrificio de incienso y una oblación pura, pues grande es mi Nombre

entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos” (1, 11).

Además, si los Salmos están pensados para el culto cristiano, como ciertamente lo están, el Espíritu profético que los inspiró vio que ellos también describirían en varios lugares esa sagrada fiesta cristiana, que nosotros sentimos que describen realmente; y con seguridad podemos decir que esta coincidencia entre la institución en la Iglesia cristiana y las palabras de los Salmos, es una señal de este plan. Por ejemplo: “Prepararás una mesa ante mí enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa” (23, 5). “Lavo en la inocencia mis manos, y rodeo tu altar, Señor” (26, 6). “Envía tu luz y tu verdad: que ellas me guíen y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada. Que yo me acerque a altar de Dios, al Dios de mi alegría” (43, 3-4). “Los humanos se acogen a la sombra de tus alas, se nutren de lo sabroso de tu casa, les das a beber del torrente de tus delicias: porque en ti está la fuente viva y tu luz nos hace ver la luz” (36, 8-10). “Dichoso el hombre que tú eliges y acercas, para que viva en tus atrios: que nos saciemos de los bienes de tu casa, y de los do-



Litografía sobre un retrato de M.Giberne, 1842.

nes sagrados de tu templo” (65, 5). “Me saciaré como de enjundia y manteca, y mis labios te alabarán jubilosos... porque fuiste mi auxilio, y a la sombra de tus alas canto con júbilo” (63, 6.8).

La misma fiesta maravillosa es puesta ante nosotros en el libro de los Proverbios, donde la Sabiduría representa a Cristo: “La Sabiduría ha edificado una casa, ha labrado sus siete columnas, ha hecho su matanza, ha mezclado su vino (es decir, Cristo ha preparado Su Cena), ha aderezado también su mesa (es decir, la Mesa del Señor), ha mandado a sus criadas (es decir, los sacerdotes del Señor), y anuncia en lo alto de las colinas de la ciudad: ‘Si alguno es simple, véngase acá’. Y al falta de juicio le dice: ‘venid y comed de mi pan, bebed del vino que he mezclado’ (9, 1-5), que es como decir: “Venid a Mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso” (Mt 11, 28). Palabras parecidas a las del profeta Isaías: “¡Venid todos los sedientos, id por agua, y los que no tenéis plata, venid,

comprad y comed sin plata y sin pagar, vino y leche!” (55, 1). Y así es también la descripción en el libro del Cantar de los Cantares: “Hecha la higuera las yemas, y las viñas en cierne exhalan su fragancia... Antes que sople la brisa del día, y huyan las sombras, me iré al monte de mirra, a la colina del incienso...He tomado mi mirra con mi bálsamo, he comido mi miel con mi panal, he bebido mi vino con mi leche. Comed, amigos, bebed, oh amados, embriagaos” (Cant 22, 13; 4,6; 5,1). En conexión con estos pasajes deben observarse las palabras de san Pablo, que parecen ser desde la antítesis una alusión a la misma sacratísima celebración: “No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu” (Ef 5, 18), con ese vino nuevo que Dios Espíritu Santo administra en la Cena del Gran Rey.

¡Que Dios nos conceda siempre ser capaces de llegar a este bendito Sacramento, con sentimientos apropiados a estos pasajes que hemos leído! ¡No lo consideremos de modo frío y sin corazón, guardando distancia por temor, cuando deberíamos gozar! ¡No sea el nuestro el espíritu del siervo inútil, que mira a su señor como un amo duro en vez de un generoso benefactor! ¡No estemos en el número de aquellos que pasan un año tras otro sin acercarse nunca a Él! ¡No seamos de aquellos que se marcharon, uno a su campo, otro a su negocio, cuando fueron llamados a la boda! Ni seamos como los que vienen de manera formal, mecánica, como una cuestión de mera obligación, sin reverencia, sin respeto, sin maravillarse, sin amor. Ni caigamos en el pecado de aquellos que, cansados de los dones de Dios, se quejaban de no tener otra cosa para compartir que el maná.

Vengamos, en cambio, con fe y esperanza, y digámonos a nosotros mismos: ¡sea este el comienzo de una felicidad eterna! ¡Que sean estos los primeros frutos de ese banquete que debe durar por los siglos de los siglos, siempre nuevo, siempre transformador, siempre inagotable, en la ciudad de nuestro Dios! ●—

Verses on Various Occassions, LXII

TRADUCCIÓN
JORGE FERRO*Melchizedek*

“Without father, without mother, without descent;
having neither beginning of days, nor end of life.”

Thrice bless'd are they, who feel their loneliness;
To whom nor voice of friends nor pleasant scene
Brings aught on which the sadden'd heart can lean;

Yea, the rich earth, garb'd in her daintiest dress
Of light and joy, doth but the more oppress,
Claiming responsive smiles and rapture high;
Till, sick at heart, beyond the veil they fly,
Seeking His Presence, who alone can bless.
Such, in strange days, the weapons of Heaven's
grace;
When, passing o'er the high-born Hebrew line,
He moulds the vessel of His vast design:
Fatherless, homeless, reft of age and place,
Sever'd from earth, and careless of its wreck,
Born trough long woe His rare Melchizedek.

Corfú, Enero 5, 1833

De fondo: *El sacrificio de
Abel y de Melquisedec*,
Mosaico de San Vitale,
Ravena, siglo VI.

Melquisedec

*Sin padre, sin madre, sin genealogía, sin
principio de días ni fin de vida (Hebr. 7, 3)*

Tres veces benditos son aquellos
que sienten su soledad, a quienes
ni la voz amiga ni el paisaje dulce ofrecen
algo en que pueda reclinarse

el corazón entristecido.
Y más, la rica tierra, en sus mejores galas
de luz y gozo no resulta
sino más agobiante, reclamando un eco
de sonrisas y encumbrados arrebatos.
Hasta que vuela el corazón enfermo
y por fin traspasa el velo, persiguiendo
Su Presencia, que es la sola
que bendice y consuela.

Tales, en extraños días, las armas
de la Gracia del Cielo, cuando
sobrevolando el alto linaje del Hebreo
moldea el ánfora de Su vasto designio.
Sin padre, sin hogar, tiempo ni espacio,
desgajado de la tierra, sin cuidarse
de los restos del naufragio,
forjado a través de larga pena,
Su raro Melquisedec.

Conferencia en la Universidad Católica de Santiago de Chile, 3 de agosto de 2015

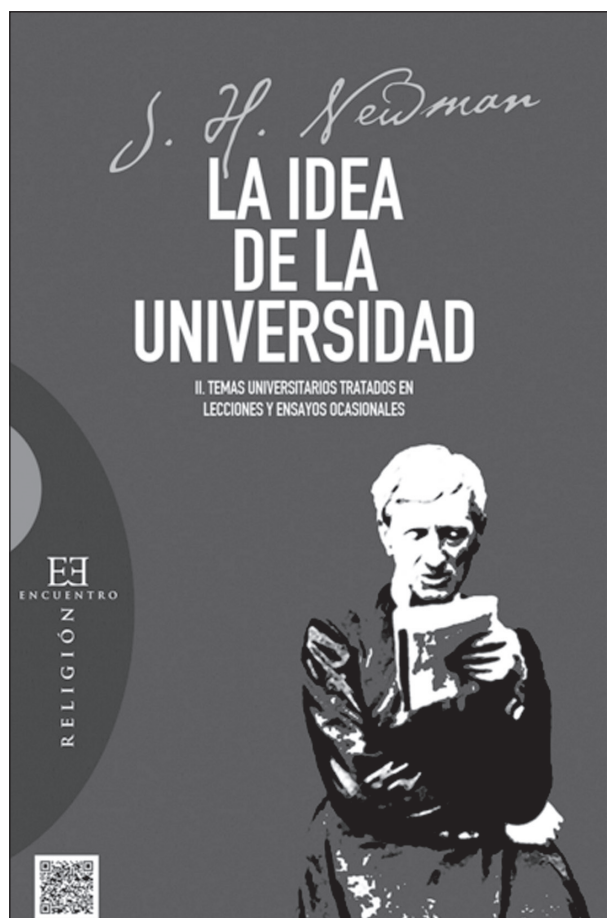
Newman: algo más que sus discursos sobre la universidad

FERNANDO MARÍA CAVALLER

ANewman hay que considerarlo, ante todo, como un cristiano, heredero de la gran tradición occidental, y como un sacerdote, anglicano primero y católico después. Encarnó y propuso un ideal educativo que lleva el sello de una experiencia viva y personal. Vivió la universidad desde dentro, primero en Oxford, como estudiante, fellow y tutor, y luego en Dublín, como inspirador y rector de la Universidad Católica de Irlanda. Por eso, hay que hablar de “Newman en la universidad” y no de “Newman y la universidad”. Y esto le da suficiente autoridad como para iluminar nuestra realidad, y estar presente en esta Universidad Católica de Santiago de Chile, y en el ámbito de cualquier universidad que se precie de llevar este nombre.

Fue un educador nato, y lo dice él mismo: *De principio a fin, la educación, en el amplio sentido de la palabra, ha sido mi línea.*¹ Podemos constatarlo en casi todos sus escritos. Su *Apología pro vita sua* presenta el ámbito, las personas y las ideas que llenaban la vida de la Universidad de Oxford. Miembro del Oriel College y párroco de Santa María, la iglesia de la Universidad, educó también con sus famosos *Sermones Parroquiales*, a estudiantes y profesores que

llenaron la iglesia los domingos por la tarde, durante años. Recién ordenado sacerdote, predica un sermón en San Clemente de Oxford, titulado *Acerca de algunos errores populares sobre el fin de la educación*,² donde comenta el texto de san Pablo a los corintios: “La ciencia hincha, la caridad edifica” (1 Cor 8, 1). Cito: *Es un error suponer que la finalidad de la educación es meramente capacitar a la personas para su posición social en la vida, enseñarles sus distintas profesiones, y ponerlos en camino para ascender en el mundo...* No los educamos para que puedan tener éxito en sus respectivas ocupaciones, sino para que puedan llevarlas a cabo de modo que sean medios de provecho espiritual para sus almas... para hacer el bien en su generación, para glorificar a Dios con sus vidas en donde estén. Se ve ya cómo estaba instalada en Inglaterra la corriente utilitarista, y el racionalismo liberal, a los que se opondría toda su vida. Como dice Christopher Dawson: “Newman fue el primer pensador cristiano en el mundo angloparlante que se dio cuenta plenamente de la naturaleza del secularismo moderno y el cambio enorme que estaba ya en proceso de desarrollo, aunque tenía aún que pasar un siglo antes de que produjera su plena cosecha de destrucción”.³ Lo encontramos



escribiendo artículos con ironía magistral como *La sala de lectura de Tamworth*, la que el primer ministro Robert Peel había inaugurado con un discurso típicamente secular. *Si la virtud es dominio sobre la mente, si su fin es la acción, si su perfección es orden íntimo, armonía y paz, hemos de buscarla en lugares más serios y santos que una biblioteca o una sala de lectura.* (DA, 268).

Ahora bien, las grandes cuestiones fundamentales de la educación universitaria en su época anglicana, están tratadas en sus quince *Sermones Universitarios*: la relación entre razón y fe, el valor de ciencia que tiene la teología, y lo que llamaba *expansión de la mente*, o *sabiduría*, o *filosofía*, o *cultura*. Lo central era la cuestión de la Verdad. Y allí es donde Newman plantea una pregunta esencial, que puede inspirar ahora esta reflexión: ¿cómo se trasmite la Verdad?,

asunto que incumbe evidentemente a la educación en general, a la universidad en particular, y a la Iglesia universal. La respuesta la da en el quinto sermón: *La influencia personal, es el medio de propagar la verdad.*⁴ Cito: *La Verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, ni por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, siendo a la vez maestros y modelos de la misma... No será difícil valorar debidamente la fuerza moral que puede adquirir dentro de su círculo, al cabo de los años, un solo individuo ejercitado en la práctica de lo que enseña... Casi en ninguna situación se puede ser instrumento directo de bien para nadie, fuera de los que personalmente nos conocen, los cuales no pasan nunca de un círculo reducido.* Este es el “personalismo” que marca todo el pensamiento y la actividad de Newman. La influencia personal aparece como un verdadero principio, de no menor importancia que los otros que señala como fundamentales de una educación universitaria.

Vinculado a esta visión personalista, encontramos otro principio, de tipo metodológico. En el último sermón de la serie, presenta un cuadro histórico desde la era apostólica, para mostrar que *con el tiempo, el pensamiento entero del mundo fue asimilado por la filosofía de la Cruz, como el elemento en que vivía y la forma en que era remoldeado.*⁵ Interesa mucho el recurso de Newman a la historia, porque pensaba que las ideas que capta la “razón”, pueden ser reforzadas apelando a la “imaginación”, que aprehende la esencia de algo no de modo “nocional” y abstracto sino de modo “real” y concreto, una distinción fundamental de su gnoseología, expuesta de modo definitivo en la *Gramática del asentimiento*: *El hombre no es un animal que razona únicamente; es un animal que ve, siente, contempla y actúa. Es influenciado por lo que es directo y preciso.*⁶ *Al corazón se llega comúnmente no por la razón, sino por la imaginación, por las impresiones directas, por el testimonio de*

hechos y de sucesos, por la historia, por la descripción. Las personas nos influyen, las voces nos hacen derretir, las miradas nos subyugan, los hechos nos inflaman.⁷ Empleó el método histórico en el famoso *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, escrito en vísperas de su conversión, donde presenta cuadros de la historia de la Iglesia: el de los tres primeros siglos, el del arrianismo del siglo IV y el de la edad de oro de los siglos V y VI, relacionando cada uno con un cuadro de la Iglesia romana del siglo XIX, para hacer real, “to realize”, la continuidad viva de la Iglesia de Roma a través del tiempo. Lo mismo hizo al escribir las *Semblanzas patrísticas*, apelando a la imaginación de los lectores para trasportarlos a la realidad de la Iglesia antigua, que él y el Movimiento de Oxford que lideraba consideraban como referente para la renovación de la Iglesia anglicana. Esto importa mucho, porque esta metodología histórica volverá a aparecer en algunos escritos católicos respecto a la universidad.

Y es que todos sus principios fundamentales pasaron con él desde el anglicanismo al catolicismo, con la continuidad que caracterizaba su persona en todo lo demás. Dirá en Irlanda: *Mi mente...en estos temas no ha conocido ni variación ni oscilación en sus opiniones.*⁸ Así surge su *Idea de una Universidad*.

Pero ¿dónde está expresada? Lo que se lee y conoce más son los nueve *Discursos*, publicados en 1852 como *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la Educación Universitaria*.⁹ Allí encontramos las dos grandes cuestiones esenciales. La primera: *una universidad hace profesión, por su mismo nombre, de enseñar un saber universal, y esto supone asumir que la Teología es una ciencia, que hay una conexión de la Fe con la verdad y el conocimiento, y que hay una conexión de las ciencias entre sí y con la Teología.* La segunda: *el Saber cómo fin en sí mismo, un saber digno de ser poseído por lo que es, y no simplemente por lo que hace, es decir, propio de una educación liberal, y por tanto hay dos méto-*

dos de educación, uno filosófico, el otro técnico, uno se eleva hacia ideas universales, el otro se agota en lo particular y externo. En definitiva, la cultura general de la mente es la mejor ayuda para el estudio profesional y científico.

Ahora bien, Newman no pretendió hacer un tratado completo y sistemático con estos *Discursos*. Por eso, cuando publicó la edición definitiva de la *Idea de una Universidad* en 1873, los ubicó como una primera parte, y agregó una segunda parte: las *Conferencias y ensayos ocasionales sobre temas universitarios*, que había escrito entre 1854 y 1858. De este modo el título definitivo fue *Idea de una Universidad, definida e ilustrada*.¹⁰ la definición estaba en los nueve discursos, y la ilustración en las diez conferencias (recientemente traducidas al español): tres sobre literatura, tres sobre métodos de enseñanza y aprendizaje, y cuatro sobre cristianismo y ciencia.¹¹ El contenido es más concreto, el tono más coloquial, y recurre a algunos cuadros históricos. Por ejemplo: *Esta experiencia del pasado la podemos aplicar a las circunstancias en que nos encontramos actualmente porque, al igual que se dio en la Edad Media un movimiento en contra de los Clásicos, también lo ha habido ahora. La verdad del método de Bacon para el propósito para el que fue creado y sus inestimables servicios e inagotables aplicaciones para nuestro bienestar material, han deslumbrado la imaginación humana, de la misma manera que ciertas ciencias nuevas extraviaron a los hombres en tiempos de Abelardo... Aunque el propio Bacon nunca hubiera pensado así. No habría hecho falta recordarle que el progreso de las artes útiles es una cosa y cultivar el espíritu es otra.* Encontramos en esta colección hasta un diálogo entre profesor y alumno en un Examen de Admisión sobre autores griegos y latinos, tratando de hacer pensar al joven sobre el significado de lo que lee. *Esa es la manera de progresar... no tragar conocimientos sino masticarlos y digerirlos.* Respecto del conocimiento religioso dice: *es mejor que un joven no sepa nada de materia tan sagrada, a que tenga un ligero conocimiento que pueda emplear de*



Newman House, propiedad de la Universidad de Dublín.

*manera libre e irresponsable... “La poca instrucción es un gran peligro”.¹² También hay un escrito sobre cómo debe ser la “La predicación universitaria”, donde aparece el famoso ‘cor ad cor loquitur’, el corazón habla al corazón. Los discursos sobre cristianismo y ciencias abundan en ejemplos y consideraciones luminosas, y su fina ironía característica: *No hay una exigencia acuciante, una necesidad imperiosa de conseguir un Euclides católico o un Newton católico, porque el objeto de toda ciencia es la verdad... En la investigación científica se puede decir, sin paradoja alguna, que el error es en algunos casos el camino para llegar a la verdad: el único camino... Los errores de algunos científicos son más fecundos que las verdades de otros. Hace una defensa vigorosa de la libertad académica.**

En fin, esta es la *Idea ilustrada*, el complemento de los *Discursos*.

Por otro lado, había algo más en los *Discursos* que necesitaba de un complemento para su comprensión. Newman había indicado el alcance pero también las limitaciones del “sistema” universitario allí delineado. *El saber es una cosa y la virtud es otra... y la filosofía, por ilustrada y profunda que sea, no proporciona dominio sobre las pasiones. La educación liberal no hace al cristiano ni al católico, sino al caballero... no podemos esperar con instrumentos tan delicados como el saber y la razón humana luchar contra estos gigantes que son la pasión y el orgullo de los hombres... La civilización antigua no tenía la idea ni la palabra para expresar la humildad...*



Comentario de textos en la universidad medieval.

No está negando la bondad de las Artes liberales sino ampliando su perspectiva. Termina diciendo, *si la universidad es una preparación directa para este mundo, ha de ser lo que afirma. No es un convento ni un seminario, sino un lugar para hacer hombres del mundo para el mundo.*

Una universidad es “un lugar para hacer hombres”. “*The Making of Men*” (así se titula un libro sobre Newman y la universidad, de reciente aparición, del profesor Paul Shrimpton, del Magdalene College de Oxford, con prólogo de Ian Ker.¹³). La *Idea de Universidad* de Newman incluía, entonces, no sólo la formación de los laicos en las virtudes intelectuales sino también en las morales. Dicho de otro modo, la primacía del “ocio”, de la búsqueda de la verdad y de la sabiduría, contraria a una visión utilitarista y funcionalizada, iba unida a la “*paideia*”, a la for-

mación del carácter, ausente también de aquella visión utilitarista. Es clara la influencia de la *Ética* de Aristóteles en Newman: la *eudaimonía*, human flourishing, plenitud de ser, felicidad, es fruto de la virtud. Dice en un Memorandum: *La universidad intenta, tanto como el tiempo de residencia del estudiante lo permite, formar su carácter, religioso, moral y social, es decir, hacer de él un cristiano y un caballero. Dirigiéndose a esta meta, es un gran paso hacer de él un scholar y un hombre de gusto literario, o mejor aún, mientras hacemos esto último, deben ser infundidos en él sentimientos y principios rectos.*¹⁴

¿Tiene o no actualidad esto? Ya que una estadística reciente en EEUU dice que en el período 1975-2005 el número de estudiantes que esperan que la universidad les brinde mejor perspectiva de trabajo se ha cuadruplicado, del 20% al 80%,



Universidad de Oxford.

mientras que los que esperan que les brinde una filosofía de vida bajó del 80% al 20%. “El monasticismo quedó fuera y el hedonismo entró”, dice un autor.¹⁵

Ahora bien, ¿cómo se logra esa unión intelectual y moral? Newman responde: *El sistema profesoral completa la idea de una universidad, y es suficiente para su ser, pero no suficiente para su bien-ser (well-being). Los Colleges constituyen la integridad de una universidad. ¿Y dónde dice esto? En ninguna de las dos partes de la Idea, sino en otra obra: las Semblanzas universitarias (University Sketches) de 1856, publicadas como Aparición y desarrollo de la universidad.*¹⁶ Y no sólo lo dice, sino que lo muestra realizado, a través de una historia en 17 capítulos que comienza en la antigua Atenas y termina en el siglo XIX. Otra vez el mismo intento de presentar cuadros históricos que apelan a la imaginación, completando la captación que la razón ha hecho en los *Discursos*. Es decir: a la *idea* añade la *imagen*. “A phantasia of life”, dice Newman.¹⁷ Una imagen de vida. La universidad es vista como un ser vivo que se desarrolla en el tiempo permaneciendo fiel a su origen: es la realización del “tipo” ideal que Atenas anticipó. Usamos el lenguaje de su *Ensayo del desarrollo*. Newman hace aquí retratos vivos, al estilo de Herodoto: hechos, des-

cripción y diálogos.

Y así muestra de modo real e histórico los dos medios vivos por los cuales la *Idea* universitaria se realiza y desarrolla: la “influencia personal” y la “disciplina o ley”. La influencia personal aparece en el primer cuadro histórico: Atenas es una convergencia de extraños de todas partes en un lugar para la comunicación y circulación del pensamiento.¹⁸ Allí el estudiante bebe la invisible atmósfera del genio y aprende por el corazón la tradición oral.¹⁹ No hubo biblioteca hasta los tiempos de Adriano, pero allí estaban los grandes hombres. *Vemos lo que llenaba las salas y los pórticos atenienses: no la moda del día, ni el patronazgo del poderoso, ni el precio del dinero, sino la reputación del talento y el deseo de la sabiduría, ambición, si lo queréis llamar así, apego personal, pero no una influencia política u otra, externa a la escuela.* Luego viene el siguiente cuadro: Roma. Los emperadores aseguraron los intereses de las letras, y se fundaron numerosas escuelas de gramática, retórica, y filosofía. Y Newman saca esta conclusión: *Siendo la influencia y la ley los dos grandes principios de gobierno, es claro que, históricamente hablando, la influencia viene primero y luego la ley... Tal es la historia de la sociedad: comienza con el poeta y termina con la políti-*

ca. Las universidades son instancias que siguen el mismo curso: comienzan con la influencia y terminan en el sistema... Sus profesores han sido una suerte de predicadores y misioneros. Pero, la influencia no dura para siempre... El sistema necesita ser sobreañadido a la acción individual.... Primero lo griego, luego lo macedonio y romano. Con esta imagen histórica Newman consigue “hacer real” la *Idea* de universidad, integrada por el sistema profesoral de la universidad (lo griego) y la disciplina del sistema tutorial del College (lo romano).

Sobre el sistema profesoral dice: Un sistema académico sin la influencia personal de los maestros sobre los alumnos es un invierno ártico; creará una universidad de hielo, petrificada, de hierro, y nada más.²⁰ Los principios generales de cualquier estudio se pueden aprender por libros en casa, pero el detalle, el color, el tono, el aire, la vida que los hacen vivir en nosotros, todo esto se debe tomar de aquellos en quienes ya están vivos.²¹ Es el eco de aquel *Sermón universitario* de su época anglicana.

En la misma línea, la historia sigue con la presencia e influencia de los monasterios, y llega a Carlomagno. Aquí estuvo el germen de la nueva civilización de Europa, que reunió lo que el hombre había dividido, para satisfacer los reclamos de la razón y de la Revelación. Y hace un par de consideraciones. 1) La universidad creó los patrocinadores y no fue creada por ellos... Los profesores venían de lejos, y no dependían de reyes y grandes hombres para su sostenimiento sino del entusiasmo que creaban. Para demostrar esto, da una asombrosa lista de personajes, que viajaban de Oxford a París y viceversa, para enseñar y aprender, en la época en que Oxford tenía nada menos que 30.000 alumnos y París quizás más (siglo XIII). La segunda consideración es que la oferta debe estar antes que la demanda.

Pero al sistema profesoral hay que agregarle la disciplina de vida, moral y religiosa, y el mo-

delo es el *College* medieval, inspirado en aquella vida común de las escuelas antiguas y en los claustros monacales. Aquí Newman pinta el cuadro de los estudiantes jóvenes que se han ido de sus hogares y deben encontrar otro. Esto estaba expresado ya en la frase de la primera página de la *Idea de una Universidad*: ‘*Hospes eram, et collegistis Me*’, ‘era forastero y me hospedásteis’, de Mt 25,35, una de las obras de misericordia que Jesús pone como criterio del Juicio Final. El College es ese hogar. Todavía existía en época de Newman la convicción de que la universidad actuaba ‘in loco parentis’. Una universidad es un *Alma Mater* que conoce a sus hijos uno a uno... una madre bondadosa que inspira afecto mientras susurra la verdad. Es un período de entrenamiento, diseñado para introducir y lanzar al joven en el mundo.²² Esto supone una mayor libertad y por tanto madurez responsable, que el College ayuda a lograr, con sus restricciones disciplinarias, limitación espacial, deberes domésticos, obligaciones académicas, horario diario, vida común, y el mismo culto religioso. Y aquí, la figura del Tutor es esencial como influencia personal. Newman lo fue: leía con sus alumnos, caminaba con ellos, desayunaba con ellos, y según dice: cultivó relaciones, no sólo de cercanía sino de amistad, casi de igualdad, dejando de lado, tanto como podía ser, el modo rigorista entonces de moda de los tutores, y buscándolos en los ejercicios externos, por la tarde, y en vacaciones.²³ Un alumno suyo de Oxford lo describió más tarde como “un hermano mayor afectuoso”.²⁴ Dice con convicción: El principal ‘making of men’ debe ser por el sistema tutorial.²⁵ Veía en el tutor esa unión de influencia intelectual y moral, que el mal de la época ha separado. Una universidad católica no remediará este mal si sólo aspira a una enseñanza profesoral y no a una personal. Donde esté la educación personal allí estará la influencia real.²⁶ Llegó a decir en una carta de 1873: Una residencia sin exámenes está más cerca de la idea de una universidad que un sistema de exámenes sin residencia.²⁷

Hay otros textos: los seis *Memorandum* fundacionales, el *Memorandum acerca de mi relación con la Universidad Católica*,²⁸ y *Mi campaña en Irlanda, informes y otros escritos de la Universidad Católica*. Pero después de los *Discursos*, las *Conferencias*, y las *Semblanzas* históricas, el cuarto corpus importante es la serie de ocho *Sermones* predicados en la iglesia de la Universidad de Irlanda, cuya traducción publicaré en breve.²⁹ Allí está otra vez Newman, como en Oxford, académico y pastor. Una universidad trata de reunir cosas que en un principio habían sido unidas por Dios, y se han visto luego separadas por el hombre...Yo querría que el intelecto dispusiera de la más amplia libertad y que la religión gozara de una libertad semejante; y querría establecer que ambas, cultura y religión, se encuentren en las mismas personas. Deseo que los mismos lugares y los mismos individuos sean al mismo tiempo oráculos de filosofía y santuarios de devoción. Deseo que el laico intelectual sea verdadero y devoto creyente, y que el hombre devoto sea culto y pueda dar razón de su fe.³⁰ Y en otro sermón afirma que lo sobrenatural se combina con lo natural en lugar de suplantarlo, vigorizándolo, elevándolo, ennobleciéndolo. Los que así viven, no son menos hombres por ser santos. No dejan a un lado sus cualidades, sino que las usan para la gloria del que se las dio. No obran junto a ellas sino a través de ellas. No las eclipsan por el brillo de la gracia divina, sino que las transfiguran.³¹ Es decir: naturaleza y gracia en la vida de una universidad.

De modo que, aunque sea el corpus central, el pensamiento de Newman está en algo más que sus *Discursos* sobre la Universidad. *Ex Corde Ecclesiae* de Juan Pablo II (1990), cita a Newman, e indica los tres aspectos relevantes de su *Idea*: Formar las mentes en la libertad y la sabiduría, una síntesis más elevada del conocimiento, y

la consagración a la causa de la verdad.³² Pero podríamos agregar su principio de la influencia personal. El *COR AD COR LOQUITUR* que puso como lema en su escudo cardenalicio. ●—

(Notas)

- 1 AW, p.259.
- 2 *Sermons Unpublished*, vol V, p.368, 1826.
- 3 'Newman and the sword of the spirit', *The sword of the spirit*, 1945, p.1
- 4 OUS V, pp.129-152.
- 5 *Teoría del desarrollo de la doctrina religiosa*, OUS XV, pp. 365-403.
- 6 GA 109
- 7 GA 107
- 8 *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, ed. esp. Eunsu, p-42.
- 9 *Discourses on the Scope and Nature of University Education*, 1852. Revisados en 1859.
- 10 *The Idea of a University Defined and Illustrated*, 1873. Edición revisada en 1889.
- 11 *Lectures and Essays on University Subjects*, 1858. Trad. Esp. *La idea de la Universidad*. Temas Universitarios tratado en lecciones y ensayos ocasionales, Ed. Encuentro, Madrid, 2014.
- 12 Alexander Pope
- 13 *The Making of Men. The Idea and reality of Newman's university in Oxford and Dublin*, prologo de Ian Ker, Gracewing, England, 2014
- 14 *Memorandum Book about College Pupils*, BOA, A6.15
- 15 D.L.Kirp, *Declining by Degrees*; higher education at risk, R.H.Hersh & J.Merrow, New York, 2005 ,p.116,118.
- 16 "Rise and Progress of the University", en *Historical Sketches*, vol III., 1872
- 17 *My Campaign in Ireland*, p.294
- 18 *Historical Sketches*, vol III, p.6.
- 19 HS III, 40.
- 20 HS III, 74.
- 21 HS III, 8-9.
- 22 Idea 144-145.
- 23 AW, 90. Memoria de Newman, 1874.
- 24 T. Mozley, *Reminiscences: chiefly of Oriel College and the Oxford Movement*, vol I, p. 181, Londres, 1882.
- 25 *My Campaign*, p.82-83
- 26 idem p.117,120.
- 27 LD XXVI, p.25.
- 28 *Autobiographical Writings*, p.282-333.
- 29 Primera parte de los *Sermons preached on Various Occasions* (ed.1857, 1870, 1874). Burns, Oates & Co. London.
- 30 SVO, I, pp 1-14, *El intelecto, instrumento de formación religiosa*.
- 31 id, VII, pp. 91-605.*El don característico de san Pablo*
- 32 nota 23, cita Idea, p.102-3; sección 16, nota 23, cita Idea, p.457; sección 4, cita Idea, p.xi

Cartas de consejo

TRADUCIDAS Y PRESENTADAS POR
INÉS DE CASSAGNE

En 1876, Newman celebrando su 75 cumpleaños, comentó con humor que ya no era un joven, que había empezado a usar bastón, y que no pensaba desplazarse como antes. Sin embargo su correspondencia fluye tan abundante y variada como antes.

Hemos elegido algunas cartas de consejo a personas que se lo han pedido, que ilustran su atención y capacidad para ayudar en diferentes situaciones.

Dos cartas a su amiga Mrs. Giberne (*hermana Pía*) nos permiten conocer las preocupaciones por familiares que se han desviado de la fe.

Por último, una carta sobre la manera católica de encarar las cuestiones doctrinales de autoridad.

A Mrs. John Podmore

El Oratorio, Octubre 5 de 1876

Querida Señora Podmore,

He leído con doloroso interés su conmovedora carta.

Su caso, como bien parece usted comprender, es el de muchos otros, y es muy difícil dar consejo.

No cabe duda de que, si tiene usted clara y decisiva visión de que la Iglesia católica es aquella Comunión Apostólica que el Espíritu Santo estableció en Pentecostés, y que la Iglesia Anglicana no forma parte de la misma, su deber es unirse a ella.

Usted no está obligada a ello hasta tener fe en su origen divino.

Pero está obligada a inquirir y rogar al Padre de las luces que la saque a usted de su estado de duda –porque la duda es un estado muy desdichado. No obstante, mientras esté usted en ese estado debe soportarlo con paciencia, solamente haciendo lo más posible, de acuerdo a sus luces, para conseguir salir de él.

Usted lo ha puesto al corriente a su marido, y creo que es su primer deber.

Ahora bien, es muy difícil recomendarle un libro a quien uno no conoce personalmente pues lo que le convienen a uno no siempre le conviene al otro. ¿Qué le gusta?, ¿qué no le gusta?

Yo no la olvidaré ante el Santo Altar,

Sinceramente suyo, John H. Newman

Al archidiácono Allen

El Oratorio, octubre 10 de 1876

Mi querido Allen,

Muy amable de su parte pensar en mí, y ruego a Dios que remita a usted esas oraciones.

No que yo no tenga necesidad de oraciones, pero no creo que las que usted le dirige a Dios por mí, a Él han de gustarle.

En cuanto a sus preguntas, si usted quiere que yo lo piense en serio, ciertamente que estoy de acuerdo con usted en sostener

1- que Dios ha subrayado que aborrece en especial la falsedad.

2- que Dios nos ha prevenido contra lo terrible que es la idolatría.

3- que Dios ha animado a cada alma, o más bien le ha dicho a cada uno, que se acerque a Él por la única Mediación de Su Eterno Hijo.

Empero, difiero de usted en lo que entiendo yo por Idolatría y Mediación.

En lo referente a la falsedad, no difiero de usted en cuanto a su aplicación. Por ello, yo “aborrezco” al Luteranismo, al Calvinismo, al Cranmerismo,¹ y a todo lo que se asemeje a ellos.

En cuanto a afirmar que san Pedro es el Obispo de Roma, ¡hay tanta evidencia para probarlo como la autoría de Horacio en el Arte Poética!

Cordialmente repito sus propias palabras: “Confianza en llegar a seguridad no impide las terribles realidades por las que pasamos y las que nos esperan”.

Yo he estado donde usted está, y lo comprendo. Usted nunca estuvo donde yo estoy, y no puede comprenderme. Pero Dios lo bendiga por sus buenas intenciones.

Sinceramente suyo, John H. Newman

1 Cranmer, el prelado que cooperó al “cisma” de Enrique VIII en Inglaterra, en el siglo XVI, dando lugar a la separación de Roma y a una Iglesia estatal “Anglicana”.

A Mrs. R.Giberne

El Oratorio, octubre 10 de 1876

*Mi querida Hermana Pía,**Dios te bendiga por tus pensamientos del día de ayer.²*

Siento muchísimo tus malas noticias, y voy a decir misa por tu intención, para tu hermano. No puedes tener idea del Valor y del Poder de la oración, de la gran eficacia de tus oraciones por él y por otros, hasta que no estés en el otro mundo. Dios hace por nosotros “excesiva y abundantemente por encima de lo que pedimos o pensamos gracias al poder que obra en nosotros”(Ef 3, 20). Hemos de ir por la fe, no por la visión.

Gracias por lo que me dices acerca de mi sobrino Frank [Newman]. Se ha adherido formalmente a los Unitarianos. Mi esperanza es que, en su lecho de muerte, Dios se apiadará de él y así su Fe en el Señor habrá de revivir.

Siempre tuyo con mucho afecto, John H. Newman

² Se trata del aniversario de la gozosa entrada de Newman en la Iglesia Católica, el 9 de octubre de 1845, treinta y un años antes. De ello había sido testigo Miss Giberne, luego convertida en monja. Siempre fue amiga de la familia de Newman. De allí también las referencias a la situación de un sobrino del mismo, hijo de su hermano, que se hizo “unitariano” (secta protestante que no cree en la Santísima Trinidad y considera a Jesús como un simple gran hombre).

A la misma, sobre el mismo tema de orar por los que se desvían o están equivocados (en este caso: el sobrino de la hermana Pía y el sobrino de Newman).

Mi querida hermana Pía,

Escribirle a tu sobrino puede ser bueno y no ha de hacerle daño. Tú no debes decepcionarte si de ello no se logra nada por el momento; puede que lo recuerde y que le haga efecto de aquí a muchos años, cuando tanto tú como yo no estemos más en este mundo. El pobre Frank [Newman] estuvo aquí –muy cordial, suave y agradable– pero me temo que no considere a nuestro Señor más que como un buen hombre y no tiene escrúpulo de criticar Sus palabras y Sus obras. Esto es una verdadera epidemia que bajo una forma u otra se transmite al exterior.[...]

Siempre tuyo con mucho afecto, John H. Newman

A John Douglas Sandford

El Oratorio, octubre 31 de 1876

Estimado Señor,

Yo sostengo que cuando se manejan enunciados de autoridad en cuestiones de doctrina, hay que interpretarlos según la analogía de la fe –tal como lo dice san Pablo (Rom 12, 6). Si las afirmaciones (tanto de la Escritura como de la Doctrina católica) se sacan del cuerpo de la enseñanza y se las coloca antagónicamente con respecto a otras afirmaciones, en lugar de verlas como partes de un todo, cada una interpretando y modificando a la siguiente, entonces tanto la Escritura como el Credo católico pueden ser mostrados como inconsistentes y no confiables.

Tomemos la Epístola a los Hebreos que usted me objeta en especial. En los capítulos 6º y 10º...

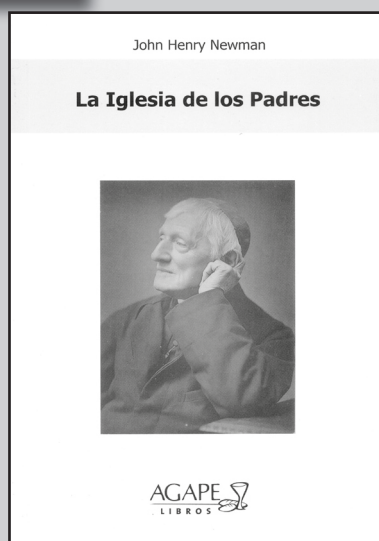
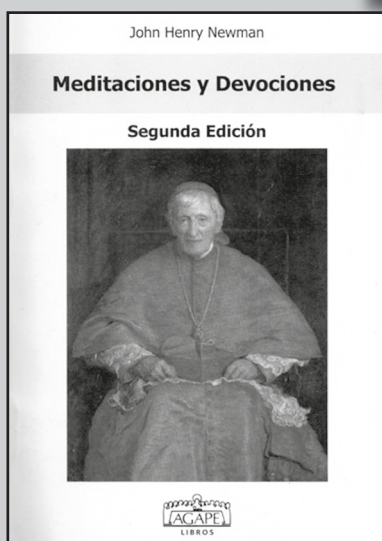
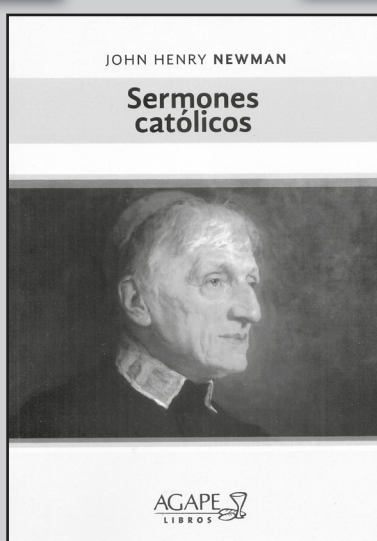
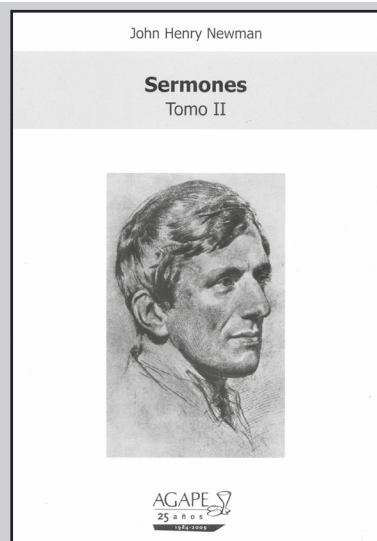
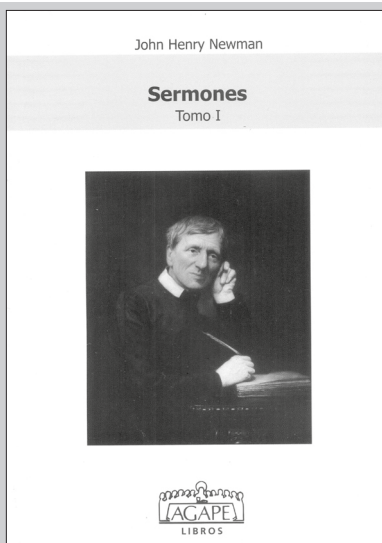
...se asevera de manera distinta –si es que las palabras han de ser tomadas literalmente y en su significado obvio– que es imposible el arrepentimiento para quienes habiendo sido partícipes del Espíritu Santo hayan luego caído, y han de morir sin misericordia y caer en las terribles manos del Dios Viviente, es decir, el fuego eterno. Ahora bien, san Juan dice, por otro lado, que “la sangre de Cristo nos limpia de todos los pecados”.

¿Por qué no pone Ud. los pasajes uno enfrente del otro? ¿Por qué no acusa usted a san Pablo, en esos versículos, de negar el valor expiatorio total de la sangre de Jesucristo, cuando usted mismo encuentra bien oponer las palabras del papa en su Bula del cuerpo de la doctrina, como si él negase el meritorio sacrificio de nuestro Señor y la inmediata unión con Su pueblo, a pesar de que el Concilio de Trento, que tiene igual autoridad que la Bula papal, dice que Nuestro redentor es “solus Redemptor noster et Salvator”, que, citando la escritura, Él factus est nobis justitia, sanctificatio et redemptio []?

La intercesión de la Santísima Virgen es de un orden diferente con respecto a la de Nuestro Señor.

He hecho una advertencia y una protesta contra su modo de razonar en carta al Dr. Pusey.

Suyo, estimado señor, John H. Newman



Los placeres que gozan los que sirven a Satanás, aunque agradan, están siempre acompañados también de dolor, con una amargura que, aunque no destruye el placer, es por sí misma suficiente para hacerlo mucho menos placentero, aun mientras dura, que los placeres sin esa amargura, como son los de la religión. ¡Ah! este es el estado de multitudes de personas: no estar muertos al pecado y vivos para Dios sino, mientras están vivos para el pecado y el mundo, tener justamente ese sentido de lo celestial que les impide ser capaces de gozar de lo uno y de lo otro.

Parochial and Plain Sermons, VII, 13, 1840

